

# El libro de los parques

Medellín y su Centro

Este es un proyecto de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín, en coedición con *Universo Centro*

UC



Alcaldía de Medellín

# Parques

“Sentado esto, que ni sofisma parece, tendremos de convenir que los parques públicos habrán de ser más eficaces, mientras mejor produzcan la ilusión del campo,

mientras menos artificios entren en su disposición y estilo; que serán mejores aquéllos en donde impere Naturaleza, con su armonía y hermosura inimitables. Aquel que fuera como un monte socolado, con sus senderos por donde surjan naturalmente, con sus piedras y sus matojos en cualquier parte, con sus fuentes corriendo por los cauces que ellas mismas se abran; este sería, según este supuesto, el ideal de los parques. Sería la selva, entre la balumba de la construcción urbana: los monumentos del reino vegetal, entre la montaña de cantos y de tierra apisonada. A lo bello y peregrino del contraste agregaría el descanso de la forma y del color ciudadanos.”

Tomás Carrasquilla. “Medellín. Parques”. *El Espectador*, Medellín, 25 de mayo de 1919.

# Plazas

“Ellas suponen, aunque a veces pasa lo contrario, lo principal de las poblaciones, en habitantes, movimientos y edificios. Tanto, que nacer en el ‘marco de la plaza’ fue

siempre la prueba magna de distinción y notoriedad, así entre las gentes lugareñas como entre las capitalinas; porque si en las aldeas sólo hay una, en las urbes tendrá de haber, entre muchas plazas, alguna más insigne que las otras; y éste será, en tal caso, el marco para darse tono e importancia.

En las plazas no sólo zumban las moscas de que habla el tan mentado Zarathustra; no solo se vende y se compra, y trasiegan procesiones y rogativas, sino que en ellas pasa también gran parte de la historia de cada tierra o nación.”

Tomás Carrasquilla. “Medellín. Plazas”. *El Espectador*, Medellín, 10 de junio de 1919.

# Contenido

El Centro, sus parques y la ciudad como diversidad . . . . .	9
Siete parques, siete centros . . . . .	11

<b>PARQUE DE BERRÍO . . . . .</b>	<b>16</b>
Vitrina de novedades . . . . .	18
Iglesia Nuestra Señora de La Candelaria . . . . .	29
Los bajos del Metro . . . . .	33
Incendios . . . . .	38
Ciudad vs. Pueblo . . . . .	43
Un viejo y obstinado corazón . . . . .	48
Un árbol . . . . .	56
Conversación . . . . .	57

Una calle real . . . . .	59
--------------------------	----

<b>PLAZA DE LAS ESCULTURAS . . . . .</b>	<b>64</b>
Un siglo entre dos palacios. . . . .	66
Iglesia de La Veracruz. . . . .	75
El <i>sobrao</i> de Dios . . . . .	79
La plaza de los muñecos . . . . .	85
Retrato con fotógrafos . . . . .	91
El hotel de las estrellas. . . . .	99
Acta de museo. . . . .	102
Un árbol . . . . .	110
Conversación . . . . .	111

<b>PLAZA DE CISNEROS. . . . .</b>	<b>112</b>
Madre de locomotoras . . . . .	114
Plaza pública. . . . .	123
El epicentro de todas las vueltas. . . . .	128
Sombras de Guayaquil . . . . .	135
Puerto seco . . . . .	144
Bares a tres bandas. . . . .	149
Un árbol . . . . .	154
Conversación . . . . .	155

Inventario en pie. . . . .	156
Parqueaderos de palomas . . . . .	167

<b>PARQUE DE SAN ANTONIO . . . . .</b>	<b>176</b>
Dos avenidas y un parque con éxito . . . . .	178
Iglesia de San Antonio de Padua . . . . .	185
Melaza en flor . . . . .	188
Una novena para San Antonio . . . . .	196
Un pájaro que aún estalla . . . . .	205
Un árbol . . . . .	210
Conversación . . . . .	211

<b>PLAZUELA DE SAN IGNACIO . . . . .</b>	<b>212</b>
Oasis San Ignacio . . . . .	214
Iglesia de San Ignacio de Loyola . . . . .	223
Un club a la intemperie. . . . .	227
Visita a San Ignacio . . . . .	231
Edificio escuela . . . . .	237
Un árbol . . . . .	240
Conversación . . . . .	241

Verde de todos los colores . . . . .	242
Pan y parque. . . . .	247
Memorial de parques. . . . .	257

<b>PARQUE DE BOSTON . . . . .</b>	<b>260</b>
El parque de una sola batalla . . . . .	262
Iglesia de Nuestra Señora del Sufragio . . . . .	269
Estudiantes que vienen y van. . . . .	272
Un parque de barrio en el Centro . . . . .	277
Un árbol . . . . .	286
Conversación . . . . .	287

Junín . . . . .	288
Interviú. . . . .	290
En el pueblo hay una plaza, en la plaza hay una iglesia y en la iglesia hay un órgano . . . . .	295

<b>PARQUE DE BOLÍVAR. . . . .</b>	<b>302</b>
Promesa de una villa nueva . . . . .	304
Catedral Basílica Metropolitana . . . . .	315
Atrio gay . . . . .	318
Bautizo en la fuente. . . . .	322
El parche de Bolívar. . . . .	326
Teatro al aire libre. . . . .	338
Palacio y Estancia . . . . .	341
Con vista al parque . . . . .	348
Un árbol . . . . .	352
Conversación . . . . .	353

Vista desde la barra. . . . .	355
-------------------------------	-----





# El Centro, sus parques y la ciudad como diversidad

A medida que Medellín se ha poblado y en su valle y laderas se han dado cita el departamento y parte del país, el Centro ha tenido que ampliar sus fronteras y las visiones que los ciudadanos tenemos de él.

Por sus calles y carreras principales –Palacé, La Paz, Caracas, Junín, La Playa, Bolívar– han desfilado los seres más paradigmáticos de la historia cotidiana de la ciudad. Porque allí donde palpita el corazón de la urbe, quienes hicieron y hacen de su postura personal un mensaje de inclusión y diversidad debieron conquistar y transgredir aquellos lugares que contenían la tradición. Un ejemplo de ello es el grupo La Barca de los Locos, que ha hecho teatro en el Parque de Bolívar por casi tres décadas; igual es el caso de los movimientos religiosos y LGTBI que allí mismo, frente a la Catedral Metropolitana, han construido el diálogo de ciudad más interesante que pueda imaginarse para un domingo por la tarde.

Por ser el crisol de esa ciudadanía emergente, que busca reconocimiento y espacios de comunicación en una Medellín que crece, se renueva y afronta retos de toda índole, este libro rinde homenaje a la historia del Centro a partir de sus parques, referentes de un epicentro que con los años han ido tomando carácter. Historias en mayúscula y minúscula de los rodeos de siempre en esos lugares destinados al encuentro sin cita previa.

La vida en toda su complejidad está presente en las páginas que podrá leer a continuación. La lectura de una ciudad que debe hacer de la vida su valor supremo, fundamental, comienza con las letras simples del reconocimiento del otro, con las escrituras múltiples, simultáneas, que traza el peatón común, principal protagonista de estos relatos.

Aníbal Gaviria Correa  
Alcalde de Medellín

MEDALLIN.



PLAZA PRINCIPAL

(lado de oriente)

Simón Eladio Salom, 1860

# Siete parques, siete centros

Las ciudades van encontrando las plazas apropiadas para airear sus desgracias y sus galas. El encumbrado en el busto principal nunca logra imponer el orden que señalan las placas y los decretos. Las plazas obedecen sobre todo a los pasos y necesidades de los ciudadanos. Desde sus orillas ilustres los pueblos con ínfulas de ciudad van soltando sus mareas hacia los arrabales. Nuestras plazas fueron –y siguen siendo– la primera página de los diarios que no había, el patíbulo y el cuartel, el prostíbulo y la catedral, el puerto y el bar de bienvenida, el despacho de los comerciantes y la cueva de los especuladores. Hubo un tiempo en que más allá de las plazas solo rondaban los serenos y las brujas.

La plazuela que enmarcó La Veracruz sirvió para el anuncio de las alcabalas y “los exorcismos a plagas y epidemias”. Ahora es tierra de piratas. En la plaza de La Candelaria, más tarde Parque Berrío, filó José María Córdova a sus 300 soldados antes de la batalla de El Santuario. Para el Parque Bolívar, que no era más que una mangada con guayabales, higuerrillos y borracheros, imaginó un inglés una “Nueva Londres”, y donó sus lotes sin imaginar que el diseño del rectángulo terminaría siendo francés. La retreta, el quiosco y el alumbrado eléctrico sirvieron para las primeras fiestas nocturnas. Las casas de los ilustres se fueron levantando alrededor de la verja de hierro traída de Europa. Era tiempo de que cambiaran los nombres de las calles; ya no más la calle del resbalón o la amargura, no más la esquina del ciprés o del guanábano.

San Ignacio antes fue cuartel de los estudiantes, y los curas llegaban y salían según el ánimo y el favor de los radicales. “Plaza hermosa, si las hay”, escribió Tomás Carrasquilla hace cerca de cien años, y es un milagro que hoy podamos repetir sus palabras sin pensarlo. El alboroto de la estudiantina en las mañanas y en las tardes, el reino de las conspiraciones de “confidencias y meditaciones” en las noches. Los jubilados que hoy disputan sus partidas de ajedrez miran a las colegialas con desconfianza ante una posible retoma.

El Parque Berrío fue plaza mayor y feria de mercado. Allí se plantaron los toldos de los pulperos durante muchos años, primero los viernes y luego los domingos, según el genio de los comerciantes y la debilidad de los gobernadores, de modo que servía como salón de galas y galpón de ventas. Cuando el mercado se fue para los pantanos de Guayaquil, el Parque Berrío ya era un altílo para la ostentación y la recreación pública, además de “sitio propicio para realizar negocios de bolsa y especulación, pero sin que los objetos intercambiados se encontraran a la vista”. Los bancos se convirtieron en un nuevo púlpito, y los graciosos de la época decían que “el oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío”. Las luchas han cambiado, hoy Berrío se lo disputan los guitarreros de la guasca, la papayera sucreña y los solistas con parlante.

Los centros de barrio fueron novedad cuando la ciudad crecía hacia el oriente y el norte. El Parque de Boston, antes Sucre, con su estatua de Córdova y su grito silencioso mostró que los ritos de la periferia podían ser más ingenuos. Cuando poco se miraba hacia ese oriente pueblerino, lleno de mangas y escaso de gentes, ya en Boston estaban haciendo una iglesia, y gracias a ella los administradores de

▸ Plaza Mayor de Medellín, pintura de Simón Eladio Salom. C. a. 1860.

entonces llegaron hasta allá con una estación de tranvía. Las campanas llamaban a los nuevos habitantes. Han cambiado las razas de los perros, las atracciones mecánicas para los niños y la tecnología de la iglesia, pero la ronda al parque sigue siendo la misma.

Pero nada entregó tantas novedades, personajes y mitos como la plaza de la estación. Las plagas provocadas por sus pantanos hicieron que “el respetable” la llamara Guayaquil, en referencia a la ciudad ecuatoriana recién levantada, famosa por los estragos de la fiebre amarilla y el beriberi. Por momentos se alababa el gusto de su mercado cubierto, obra de un arquitecto francés de apellido Carré, pero a cielo abierto el clima y los perros callejeros hacían olvidar la gracia arquitectónica y con el tiempo no quedó más que decirle “pedrero” al mercado de piso desigual. Cuando llegó el tren la gente se olvidó de todo. Tanto que Francisco Javier Cisneros, el cubano encargado de abrir la trocha hasta Puerto Berrío, terminó por darle nombre a la plaza. Guayaquil fue también la escuela sórdida de la ciudad, el puerto seco donde florecieron las cantinas renombradas y las putas que desfilaban y desafiaban por igual. Además, la plaza se convirtió en escenario de las batallas políticas de la primera mitad del siglo XX. Político que no llenara la Plaza de Cisneros durante sus manifestaciones no podía llegar al Palacio de Nariño.

Guayaquil fue siempre una plaza sin iglesia; eso marcó su música y sus algarabías, sus culpas y sus penas. Ahora tiene un templo aséptico lleno de libros, en lugar de la vieja y pantanosa plaza de antaño. Los edificios públicos la han convertido en una antesala de los ciudadanos que buscan un certificado, un número para el subsidio, un paz y salvo para el negocio. Las postales son la especialidad de esta plaza histórica que ahora es una escultura desconcertante.

Frente al Museo de Antioquia se demostró que en Medellín también se pueden demoler edificios con algún sentido. Encontrar espacio para un parque en el Centro no parecía posible. Ahora cuatro ceibas crecen entre los antiguos palacios de la gobernación y la alcaldía, que, aislados, se habían convertido en edificios para los libros sobre patrimonio.

El Parque San Antonio surgió sobre un antiguo cementerio de carros. Antes hubo allí un barrio de artesanos que soportó y animó la vecindad de Guayaquil y desapareció frente a la encrucijada que plantearon San Juan y la Oriental. Cuando llueve la explanada de San Antonio se hace más grande y se convierte en el lugar más solo del Centro. Un regalo de amplitud. Los sábados la colonia negra se encarga de la música y el baile de una ciudad todavía almidonada. Los dos pájaros del parque son la mejor de nuestras postales sin imposturas.

Los parques, que muchos ven como una concesión a quienes les gusta demasiado detenerse, marcan el ritmo de los ciudadanos, sus recorridos y sus afanes. Uno de los tantos planos que intentó ordenar el futuro de la ciudad dibujaba a Medellín sobre un cuadrilátero con parques en sus extremos: El Salvador, La Ladera, La Independencia y Guayaquil. ¿Cómo serían nuestras encrucijadas actuales si los habitantes de hace un siglo hubieran crecido alrededor de esas cuatro esquinas?



Plano de la villa de Medellín, atribuido a José María Giraldo. 1791.



# PARQUES

DEL CENTRO DE MEDELLÍN



- 1 PARQUE DE BERRÍO
- 2 PLAZA DE LAS ESCULTURAS
- 3 PLAZA DE CÍSNEROS
- 4 PARQUE DE SAN ANTONIO
- 5 PLAZUELA DE SAN IGNACIO
- 6 PARQUE DE BOSTON
- 7 PARQUE DE BOLÍVAR

# Parque de Berrío



“Pero La Candelaria nunca la cierran. Tiene a la entrada en la nave izquierda un Señor Caído de un dramatismo hermoso, doloroso, alumbrado siempre por veladoras: veinte, treinta, cuarenta llamitas rojas, efímeras, palpitando, temblando, titilando rumbo a la eternidad de Dios. Dios aquí sí se siente y el alma de Medellín que mientras yo viva no muere, que va fluyendo por esta frase mía con los ciento y tantos gobernadores que tuvo Antioquia, a tropezones, como don Pedro Justo Berrío, quien sigue afuera, en su parque, en su estatua, bombardeado por las traviesas e irreverentes palomas que lo abanican y demás”.

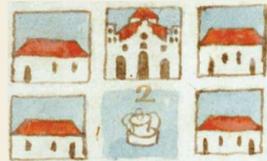
Fernando Vallejo. *La virgen de los sicarios*. 1994.



1649

Se construyó en la plaza del Sitio de Aná un templo de madera y paja consagrado a la Virgen de La Candelaria.

1675



En la plaza mayor de la recién fundada Villa de Nuestra Señora de La Candelaria, en una casa de adobe y techo de paja ubicada en el costado occidental, se establecieron el cabildo y la cárcel. Esta última tenía una reja que daba directamente a la plaza, a través de la cual los presos apelaban a la caridad pública para sobrevivir. En ese entonces la plaza mayor era el sitio de llegada de las recuas de mulas y bueyes provenientes de Nare y otros lugares.

1676

En una esquina de la plaza mayor el cabildo ordenó emplazar el "mico", un grueso poste coronado por una argolla de hierro que servía para colgar a los condenados a la pena de azotes, a quienes se les bajaban los pantalones y se les azotaba con varas o látigo, según la pena.

1712

El pajizo templo de Nuestra Señora de La Candelaria fue reedificado en tapia.

1716

Por disposición del cabildo se ordenó sacar de la plaza mayor las cabras y otros animales que deambulaban libremente por el sector, pues contribuían al desaseo de la plaza y al deterioro de la iglesia, adonde entraban constantemente.

# Vitrina de novedades

POR PASCUAL GAVIRIA

*Vano el motivo  
desta prosa:  
nada...*

*Cosas de todo día.*

*Sucesos  
banales.*

*Gente necia,  
local y chata y roma.*

*Gran tráfico en el marco de la plaza.*

*Chismes.*

*Catolicismo.*

*Y una total inopia en los cerebros... Cual  
si todo*

*se fincara en la riqueza,*

*en menjurjes bursátiles*

*y en un mayor volumen de la panza.*

León de Greiff, *Villa de La Candelaria*

La plaza mayor fue una especie de célula primigenia que se dividió poco a poco hasta formar la villa. Lotes, solares, mangadas que cambiaban de dueño y de extensión para intentar un orden donde solo había intereses dispersos. Cuando se atendió la cédula real que mandaba erigir la villa en el llamado sitio de Aná, había tres mil habitantes en el valle. Pasaron cerca de cien años desde la fundación en 1675 antes de que los naturales obedecieran las mínimas normas e hicieran posible el trazo de un cuadrado digno de llamarse plaza. No en vano el corregidor Mon y Velarde, quien la adornó con una fuente de piedra y bautizó sus primeras calles, llenaba sus informes a la capital con adjetivos nada elogiosos para las costumbres de los vecinos de la villa: "abandono", "holgazanería", "desidia",

"idiotismo", "ociosidad". Solo las uniones comerciales y matrimoniales entre las familias criollas más aventajadas y algunos comerciantes españoles lograron establecer un marco estable para acompañar la iglesia y el cabildo.

Antes había sido necesario sacar a los indios y a los mulatos de las orillas de la manzana principal, destinada a ser una especie de altar social de la villa y a reunir a sus habitantes, regados en pequeños núcleos –Hatillo, Barbosa, Copacabana, Hatoviejo, Guayabal–, en torno a un centro. La expropiación por parte del cabildo no solo buscaba un orden físico, con calles rectas, trazadas a cordel, sino también un orden económico y racial. Los blancos y los ricos debían encargarse de fundar el marco de la plaza: "En esta dicha Villa están las casas entremetidas sin forma de calles viviendo en el riñón de dicha Villa indios y mulatos y más gente de esta jaez y sirviéndoles las casas de cocina y vivienda con riesgo grande de que unas por ser gente la más incapaz y es en grave perjuicio del comercio que tienen sus haciendas arimadas a dichas casas y lo otro como son pobres no podrán acudir a los empedrados". Se les asignó un lugar lejos de la plaza a los indeseables y se entregaron los solares del cogollo a los beneméritos de la villa, quienes supuestamente pagaron su "justo valor".

España acababa de desembarcar e imponía sus ritos de plaza pública. Un visitador de la época decretó veinticinco azotes para los indios y los negros que hablaran en voz alta o fumaran en el atrio de la iglesia de La Candelaria; para los españoles se impuso una multa de diez patacones, y los criollos debían pagar un día de cárcel. Un cepo para castigos, conocido como el "mico", adornó la plaza en sus primeros años. Bisagras, cadenas y candados son palabras suficientes para imaginar ese potro de torturas. Dionisio era el nombre del verdugo encargado



› Pedro Justo Berrío, obra de Giovanni Andertini. 1895.



› Basílica Menor de Nuestra Señora de La Candelaria. 1875.

1784

Se estableció el mercado público en la plaza mayor; allí se encontraba de todo: hortalizas, granos, gallinas, cerdos, caballos, mulas, canastos, ruanas, alpargatas y sombreros.

1788



Por orden del corregidor Mon y Velarde se ornamentó la plaza mayor con una pila de piedra que suministrara agua limpia. Dicha fuente haría las veces de acueducto durante 67 años; la gente llegaba hasta la plaza con vasijas y tinajas para recoger el agua y llevarla a sus casas.

1793

Se celebró la primera misa en la recién construida capilla de San Francisquito, ubicada en el costado norte de la plaza mayor. Este templo sería demolido a mediados del siglo XIX, pues se consideraba muy pequeño, feo e inútil.



1803

En el costado norte de la plaza se instaló el primer colegio franciscano de la ciudad, que estaría bajo la dirección de fray Rafael de la Serna hasta 1813.

1850



La plaza mayor pasó a llamarse Plaza de Zea, en honor al científico y político de la Independencia Francisco Antonio Zea, nacido en 1766 en esta Villa de La Candelaria. Ese mismo año se celebró allí la liberación de los esclavos. Para el importante acontecimiento se construyó en el centro de la plaza un pabellón en madera tapizado; allí se dispuso una gran mesa y sobre ella las cartas de libertad, que fueron entregadas a cada esclavo por el gobernador Gutiérrez de Lara.

1853

Como cada año, la plaza principal se convirtió en ruedo de las corridas de toros que animaban las fiestas de la Virgen de La Candelaria. Para dichas celebraciones se instalaban también casetas para el juego (dados y ruletas), otras para cocinas y comedores, y algunas para citas no sanctas.



➤ Mercado público. 1886.

de los escarmientos. Las campanadas de mañana, mediodía y noche servían para dulcificar un poco la escena. Manuel Uribe Ángel describe el ambiente “con honores de potrero” de la plaza al iniciar el siglo XVIII: “El pitar de un toro, el cacareo de unas cuantas gallinas, el canto de un gallo, el ladrar de un perro, el relincho de un corcel, el grito de una vieja llamando a los muchachos y el más común incidente de la vida ordinaria, hacían volver de un golpe todas las orejas del vecindario como con aire de preguntarse: ¿qué sucede?”.



Durante mucho tiempo se dijo que Medellín era sobre todo una gran pesebrera, además de un hato envidiable para proveer de carne a las minas del Nordeste y un cruce de caminos en las rutas de la colonización. El comercio era entonces un futuro inevitable. En 1784 un bando oficial autorizó el establecimiento del mercado en la plaza mayor, “haciendo saber a la gente que cuantos tuvieran huevos, pollos, frutas, hortalizas y comestibles, podrían los viernes hacer mercado público en la plaza principal”. La suerte estaba echada: la marca de los comerciantes

quedaría por siempre. Los toldos eran una señal de las futuras tiendas en los primeros pisos de las casas, de los almacenes especializados que las reemplazaron y los especuladores en el atrio de la iglesia, de los bancos del siglo XX y el Flamingo y los venteros que hoy ofrecen películas piratas y zapatos chinos en la calle Boyacá.

Comenzaba el mercado y la plaza se erigía como el gran teatro local. Se exhibían las mercancías y sus dueños, se paseaban las miserias en busca de misericordia, se soltaban las peroratas políticas y religiosas. Fiesta y devoción compartían el mismo atrio, y la pólvora acompañaba los responsos los nueve días de fiesta en honor a la patrona de la villa. La elevación de grandes globos de trapo era uno de los espectáculos que justificaban el lleno total en el ruedo de la plaza. Un hueco en la tierra, lleno de leña y estopa, servía de caldera para inflar el armatoste. En agosto de 1799 el bogotano Mariano Valera echó a volar el primero y marcó una costumbre que trajo gozos y tragedias. Las maromas, las corridas de toros, las peleas de gallos y los juegos de azar completaron las diversiones del coso local hasta comienzos del siglo XX.



➤ Sup. Plaza principal de Medellín. 1891.  
➤ Inf. Inauguración del tranvía. 1921.

1856

Impresionado por el estado lamentable de la plaza, llena de fango en invierno y con vacas pastando a sus anchas, el señor Uladislao Vásquez J. la mandó a empedrar; además, la hizo dividir en ocho triángulos cuyo vértice era la fuente del centro, ya no la de piedra sino una de bronce.

1858

Fue fusilado en la plaza Manuel Salvador López, joven bogotano que había matado a su amante. El juicio duró varios días y se celebró en el Palacio de Gobierno, situado allí mismo. Las sesiones fueron tan prolongadas que los miembros del jurado recibían alimentos que les arrojaban por las ventanas.

1875



El mexicano Antonio Guerrero llegó a la ciudad para presentar su intrépido acto de acrobacia: se elevaba en un globo aerostático y colgaba de este un trapecio en el que hacía increíbles piruetas.

1891

La plaza principal dejó de ser el lugar para el mercado público, pues los puestos de frutas, verduras, granos y demás productos fueron trasladados al mercado cubierto del Barrio Norte, construido por encargo del bogotano Rafael Flórez.

1895

Tras varias obras de remodelación y la llegada de la estatua de Pedro Justo Berrío, la plaza pasó a llamarse Parque de Berrío. Al acto de

inauguración concurren delegados de todos los departamentos, y gran cantidad de gente de la ciudad y de las poblaciones vecinas que llenó todo el corredor vial hasta el Parque de Bolívar.



## 1898

El Parque de Berrio fue el primer lugar donde se instaló luz eléctrica. Cuenta Lisandro Ochoa de aquel día: “Qué bullicioso regocijo el del público en aquel momento cuando vimos por primera vez brillar la luz de arco en la ciudad. El Parque de Berrio y las calles adyacentes estaban colmadas de gente; todas alborozadas salieron de sus casas. Desde los ancianos hasta los niños figuraban en la apretada masa humana que invadía el parque”.

## 1899

Como cada 20 de julio, se instaló en el atrio de La Candelaria la “tribuna libre”, una tarima a la cual podía subir quien quisiera dar su discurso político. Era muy concurrida, sobre todo por borrachos que bajaban de ella entre chillidos y carcajadas de la concurrencia.

## 1902



Comerciantes de Medellín se empezaron a reunir en el atrio de La Candelaria y los alrededores del Parque de Berrio entre las siete y ocho de la noche para especular con

Carl August Gosselman, uno de los suecos que formaron la pequeña corte nórdica de Medellín, habló de la casa quinta de su anfitrión, ubicada en una orilla de la plaza. El jardín particular tenía eras de papa y piña, un sembrado de frijoles que lindaba con la huerta de los melones, y un cultivo de perejil bajo la sombra de los pimientos. Limones, naranjos, mangos y un cafetal completaban la labor de la “embajada” sueca. Gosselman relata los paseos a caballo y hace una reseña del mercado para el año de 1825: “Aparte de la diaria compra de los alimentos, cada viernes la población tiene un mercado, con muchas más mercancías, instalado en la plaza mayor, al que concurre mucha gente de los lugares más apartados de la provincia. Junto a los productos típicos de la mesa, como el arroz, trigo, plátanos y frutas, se pueden adquirir otros manufacturados, como fuentes de greda, pitas, alpargatas, sombreros, alfombras, cajas de paja y ruanas. También se encuentran para la venta caballos y mulas [...] Se reúne en esta plaza una diversidad tal de personajes y mercancías, que resulta una obra tan variada como interesante, que muestra un mapa con todos los tipos de habitantes de la provincia, sus animales, obras naturales y los productos artísticos que nacen de sus manos”.

En los primeros pisos de las casas que enmarcaban la plaza no se ofrecían cabuyas ni alpargatas. Los “jamaiquinos”, comerciantes con rutas abiertas y crédito en los almacenes de Kingston, habían comenzado a traer lujos y modas europeas para satisfacer a sus esposas y a sus clientes: sombreros y botas inglesas, capas para olvidar la ruana, vino y coñac para pasar la chicha. Las bodegas de la plaza imitaban a las de Jamaica, y muy pronto los avisos de las primeras casas comerciales lucieron los apellidos de los “blancos”: Marco A. Santamaría & Lalinde, Félix y Recaredo de Villa, Marcelino Restrepo e Hijos, Mariano Uribe & Hijos. Para mediados del siglo XIX ya había contratos directos con las agencias de París y Londres, y las casas comerciales especializadas en la venta de oro y títulos mineros, la aceptación de letras y los pequeños préstamos, estaban muy cerca de convertirse en bancos.

La política y las guerras partidistas también dejaban sus ecos en la plaza. En 1841, a pesar de la petición de clemencia que llegó desde Londres, fueron fusilados dos de los líderes del ejército levantado contra el gobierno liberal de José Ignacio de Márquez, recién vencido cerca

de Salamina. Un bautizo de fuego para un pueblo acostumbrado a pólvoras más inofensivas.

En 1851 se mejoró el alumbrado público en las cuatro esquinas de la plaza. Se comenzó a usar una grasa más barata en los faroles, que se encendían desde las 8:30 de la noche hasta las 5:00 de la mañana. La reciente fiesta por la liberación de los esclavos había obligado a nuevas galas para las casas de segundo piso que cercaban el centro de la villa. Además de la luz, era tiempo de que rondaran los serenos: algo había que guardar en los depósitos y comenzó el silbato de los celadores. Unos años más tarde la fuente de piedra se cambió por una de bronce con cuatro bocas, y se “hizo dividir la plaza en ocho triángulos” para instalar un empedrado y desterrar por fin a las vacas del hogar de las vacas sagradas.

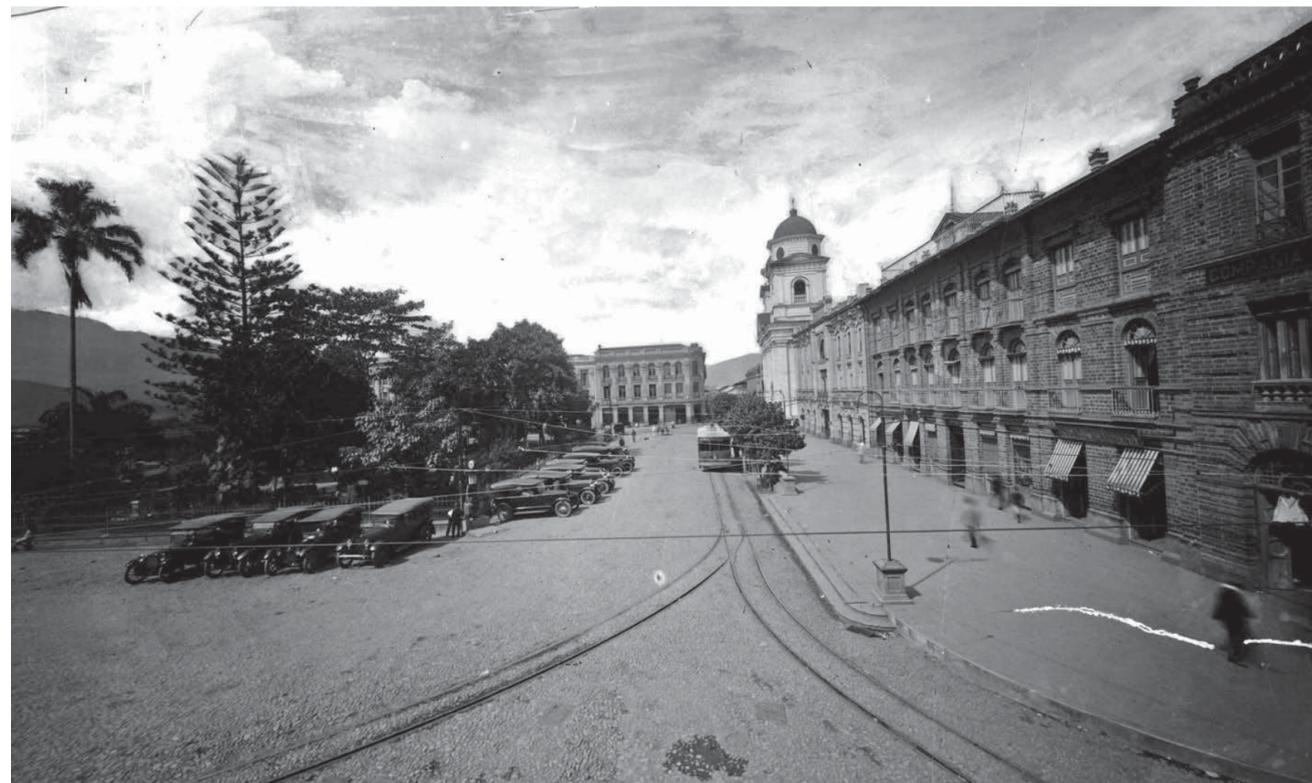
Pero la plaza no solo era una vitrina de comerciantes recién bajados del barco y tenderos recién llegados con sus recuas. También habitaban sus esquinas los ilustres de la política, la ciencia y la cultura. Mariano Ospina Rodríguez, presidente de la República entre 1857 y 1861, vivía en uno de los costados, cerca de la iglesia. Y Manuel Uribe Ángel, médico y sabio de la comarca, tocaba su puerta en otra de las esquinas. Las tertulias también se citaban en la plaza y sus alrededores. Los liberales llamaban con sorna “La Sinagoga” a la reunión azul en la botica de los Isazas, donde despachaba Pedro Justo Berrio sin saber que sería elevado a patrono civil del lugar.



El espectáculo del mexicano Antonio Guerrero marcó una nueva época en las diversiones de la plaza. Ya no se trataba de elevar un globo de trapo, sino de tripularlo. Su



Parque Berrio. 1895.



Tranvía Municipal. 1925.

hazaña fue en 1875, y la única foto del momento deja ver una multitud que rodea el suceso sin quitarse el sombrero. Los soldados hacen el cerco alrededor del globo templado que amenaza con elevarse y deja salir algo de humo de la parte superior. Parece que muy pocas mujeres –solo se ven algunas cubiertas con sus mantas– estaban invitadas a esa ascensión festiva y mundana.

Era el tiempo perfecto para el auge de la especulación y el cambio físico de la plaza. Con los préstamos y los inversionistas extranjeros habían llegado también nuevas ideas urbanas y plata para traer arquitectos y construir edificios. Parque era una palabra más adecuada para la ciudad, y la manzana vacía que señalaba el centro de la villa necesitaba la mano civilizadora: una verja para poner orden y gala, un hombre ilustre para reemplazar la labor menos simbólica de la fuente, e iglesias comerciales más venerables que las casas de balcón y almacén en el primer piso; con algo había que competirle a La Candelaria, que había sido establecida como catedral en 1862.

De los corrillos en la plaza se pasó al atrio de la iglesia, donde se vendían minas fantásticas y barras de oro inexistentes llamadas “marranas”. Ricardo Olano, en sus memorias, describe el momento como interesantísimo y agrega que nunca participó en esas “bullas”: “Esas reuniones del atrio eran lo que se llamó la bolsa. Más tarde se organizó una sociedad anónima que estableció la Lonja, en el local donde hoy es el edificio llamado El Polo. Allí se sacaban a remate barras de oro, letras, giros, acciones, etc... Ese establecimiento tuvo poca vida, porque a los negociantes les gustaban más los tratos que hacían en el atrio, donde nada tenían que pagar y donde las especulaciones se hacían más en el oscuro y por caminos más propicios para el enredo que los del remate público”. Así como en otro tiempo una tribuna pública les daba voz a los discurseros populares en el atrio de la iglesia, ahora los comerciantes recién enriquecidos por un golpe de suerte pontificaban sobre la guerra, el papel moneda y el porvenir de la República.

lotes, minas y papeles comerciales; muchas fortunas nacieron y otras tantas se esfumaron. A partir de 1905 estas reuniones se llamarían La Bolsa de Medellín.

## 1910

En esta década se construyeron algunos de los edificios más representativos de la época, entre ellos el Banco Alemán Antioqueño, el Edificio Gutiérrez y el Edificio Echavarría.

## 1915



El Hotel Europa, situado en el marco de la plaza, fue por estos años uno de los más importantes de la ciudad; el hospedaje con alimentación costaba entre dos y 3,5 pesos.

## 1920



Comenzó la construcción del Edificio Olano, que sería inaugurado dos años más tarde. Los cuatro pisos de la hermosa edificación y el novedoso ascensor que poseía le valieron ser reconocido como el más alto y moderno de la ciudad.

## 1921

Se inauguró el tranvía eléctrico de la ciudad, cuyas rutas salían del Parque de Berrio. Esto modificó mucho

el paisaje del lugar, que se llenó de cables, rieles y pasajeros que bajaban y subían de los vagones.

## 1922



A raíz de los incendios de 1912, 1916, 1917, 1921 y 1922 el costado occidental del parque fue ampliado, y las casonas de tapia y dos pisos que aún quedaban dieron paso a modernos edificios de estilo republicano.

## 1926-1927

Se remodeló el Parque de Berrío con el fin de acondicionarlo para los automóviles. Se reemplazó el piso de piedra por uno de cemento, se retiró la bella verja de hierro, se levantó el pedestal del monumento a Berrío y se quitaron las dos columnas de sus lados, se eliminó el jardín y solo se conservaron los árboles más grandes.

## 1929

Se inauguró el Edificio Henry, que con sus seis pisos destronó al Edificio Olano como el más alto. Fue diseñado y construido por el arquitecto bogotano Guillermo Herrera Carrizosa, por encargo de Enrique Mejía O. y Benjamín Moreno. Esta edificación representó un hito en el paisaje urbano de Medellín, tanto por su bellissimo estilo arquitectónico como por la utilización de novedosos procedimientos constructivos.

## 1932

Se redujo el área del parque para la ampliación de algunas calles aledañas.



› Plaza de Berrío. S. f.

Fernando González, Tomás Carrasquilla, León de Greiff y otros más escribieron sus burlas a esos personajes típicos de comienzos del siglo XX en Medellín. No solo caían sátiras de las mejores plumas. La revista *La Miscelánea* describe en una página elocuente las extrañas condiciones de la bolsa y de los “Rockefeller” criollos que participaban de los corrillos productivos: “La moral no rige en el atrio ni en la guerra; está recluida de la puerta de la Catedral para adentro”.

Pero volvamos a la plaza, que ya era otra y tenía a Pedro Justo Berrío entronizado entre jardineras. El mercado se había ido a la plaza cubierta de Guayaquil, y el Parque Bolívar abría un nuevo sueño de mangas, lotes y promesas de progreso en el norte de la ciudad. Ya había varios frentes de desarrollo y el Parque Berrío debía pelear su preeminencia con los aires cargados de Guayaquil y su brío popular, y con los vientos frescos del Parque Bolívar y sus quintas de buhardillas que miraban sobre un bosque urbano. También la Catedral cambiaría de sitio, y la iglesia de La Candelaria estaría muy pronto más blanqueada que nunca.

En 1895 se inauguró la escultura hecha por el italiano Giovanni Anderlini y la plaza se convirtió oficialmente en el Parque de Berrío. Tres años duraron los trabajos, con diseños del arquitecto Antonio J. Duque y estudiantes de la Escuela de Minas, para instalar un jardín ciudadano donde había una plaza de pueblo. Pinos, bancas, arbustos podados, faroles en ringlera y una reja alta hacían parte de la renovada cara del parque. Ya vendrían las nuevas campanas para la iglesia y el alumbrado eléctrico, que sería recibido así por el periódico *El Aviso* en 1898: “Las

lentas campanadas del reloj público anunciaban la llegada del momento solemne. De repente... *fiat lux*”. Hubo salvas de fusilería, himno nacional, pólvora y cabalgata. La noticia cerraba con la promesa de una noche limpia: “Este alumbrado no vicia el aire, no produce humo ni otros gases, no despiden olor ninguno... Como la electricidad no se chorrea, con ella se acaban las manchas”.



El 30 de noviembre de 1923, bajo un pequeño titular que decía “Una tragedia”, el periódico *El Tiempo* anunció la muerte de Manuel S. Acosta, alias ‘Salvita’. La noticia narraba el accidente del “aviador” luego de que su globo “Colombina” se elevara y cayera sobre los techos del edificio del Ferrocarril de Antioquia. El globo de trapo estaba mal hecho y se cerró mientras Salvita hacía sus piruetas. Habían pasado casi cincuenta años desde la primera función de Antonio Guerrero en el Parque Berrío. Ahora la Plaza de Cisneros era el lugar de las grandes aglomeraciones populares. Los bancos habían desembarcado en el Parque Berrío, que lucía los vagones del tranvía eléctrico y los buses traídos por Ricardo Olano en la segunda década del siglo XX. También los automóviles hacían su aparición, y Gonzalo Mejía había instalado una bomba de gasolina en el costado sur del parque; los coches eran cosa del pasado y del desorden de Guayaquil. El atrio hacía las veces de terminal de transporte y recibía a los pasajeros que llegaban por las líneas trazadas desde La América, Buenos Aires, Manrique, El Poblado, Robledo, Belén y Envigado; hace cerca de noventa años existió algo muy similar a lo que hoy llamamos estación Parque Berrío.

La palabra “funcionalidad” reemplazó a la palabra “belleza”, y se adecuó el espacio para “la época del automotor”. El parque creció un poco hacia el occidente, el cemento sustituyó a la piedra y la verja de hierro fue retirada. Pedro Justo Berrío perdía su dominio sobre el espacio, por lo que fue levantado sobre un nuevo pedestal. Los jardines eran cosa del Parque Bolívar, así que se retiraron los arbustos y se dejaron solo algunos árboles mayores. Ya los incendios de 1912, 1916 y 1922 habían contribuido al “progreso” al facilitar el derrumbe de las melancólicas casas de aleros, para dar paso a los edificios de estilo republicano. Los apellidos ilustres dominaban todavía el frontis: Echavarría, Gutiérrez, Olano, Hernández, Zea.

El Café La Bastilla hacía contrapeso intelectual al mundo de las exportaciones cafeteras y las minas. Tomás Carrasquilla era el “rector” de las tertulias, a las que se arrimaban pintores y versistas de ocasión, periodistas y escritores, sastres y voceadores de prensa. Hasta Barba Jacob alcanzó a escampar en las mesas de La Bastilla. Antes, desde una buhardilla en el Café El Globo, León de Greiff y los Panidas habían armado su revista, que fue prohibida inmediatamente desde el púlpito.



› Fachada de los Edificios Echavarría y Gutiérrez. S. f.

Las postales de las ciudades norteamericanas y la palabra “rascacielos” hicieron que los edificios republicanos con bancos y almacenes fueran insuficientes para una ciudad que comenzaba a mostrar su fortaleza industrial. Era el momento de pasar del apellido a la Sociedad Anónima, y tres construcciones marcaron el camino a seguir: el edificio de la Colombiana de Tabaco, el edificio de La Bolsa, que al fin daba confianza a las promesas comerciales, y el Edificio Henry, que con sus seis pisos volvió a llevar las grandes primicias a la vieja plaza. Llegaron nuevas demoliciones y nuevos himnos al progreso. En 1929 Carlos García Posada publicó en la revista *Cromos* su canto al Edificio Henry: “En la noble y armónica composición de Herrera Carrizosa [arquitecto de la obra] hay mucho de ese espíritu conservador y progresista del valiente pueblo antioqueño [...] En algunas de sus partes es puro y sencillo y magnífico como el cielo de Antioquia, en otras gracioso, exquisito y juguetón como sus jardines y sus fuentes. Bajo el cielo medellinense, luminoso y sereno, el Edificio Henry ha de ser una inspiración y un estímulo para los nuevos constructores [...] Sólido, fresco, arcaico y moderno, complicado y franco, el edificio es el heraldo de una nueva vida”.

## 1948

Nació la primera sede del Banco de la República de Medellín, en el edificio que más tarde ocuparía La Bolsa de Valores.

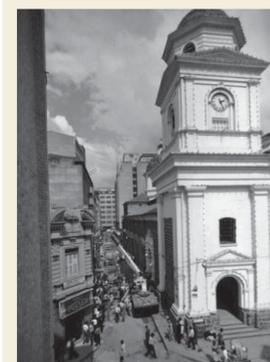
## 1963

La ampliación de la carrera Bolívar se llevó parte del costado oriental del parque.

## 1968

En la manzana sur del Parque de Berrío se construyó el edificio del Banco de la República, que sería inaugurado en 1974.

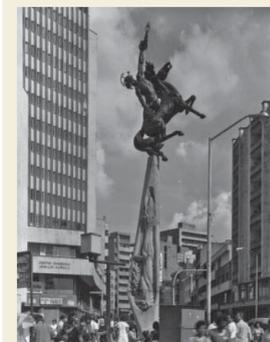
## 1974



Siguiendo los lineamientos del Plan Vial de 1969, la calle Boyacá se peatonalizó.

## 1981

El Banco Popular donó la escultura *El desafío* de Rodrigo Arenas Betancourt, que fue ubicada en el costado suroriental del parque.



## 1986

Se instaló en el costado suroccidental la escultura de Fernando Botero *Torso femenino*, conocida popularmente como “La Gorda”. La obra, de 250 kilos de peso y más de dos metros de alto, se convirtió en un punto de referencia para habitantes y visitantes del Centro.

## 1989



Se iniciaron las obras del Metro y el parque sufrió un proceso de deterioro. La crítica situación fue denunciada por la prensa local en numerosas ocasiones; ejemplo de ello es la siguiente nota periodística: “El Parque de Berrío, corazón de Medellín, símbolo de estas tierras, está muy abandonado, diríamos que súper abandonado. Una zona verde pelada, llena de basuras, una sembrada y con una feísima pileta en el centro”.

## 1995



El 30 de noviembre, con el parque visiblemente deteriorado, se inauguró el Metro de Medellín y empezó a funcionar la estación Parque Berrío; al igual que las demás estaciones, esta desarticuló el espacio urbano existente, tanto a nivel arquitectónico como social.

## 1996

El primero de agosto el Metro de Medellín entregó a la comunidad las obras urbanísticas del Parque de Berrío; estas fueron muy cuestionadas,



▸ Parque Berrío. 1965.

En la década del setenta el Banco de la República reforzó el sello financiero y puso la cuota institucional en un parque que fue siempre el centro de las iniciativas privadas y las competencias comerciales. La ampliación de las calles había robado espacio, y Pedro Justo ya no era el imponente gobernador sino un pequeño muñeco aturdido e impasible. Las chocoanas que llegaban a Medellín para trabajar como empleadas del servicio escogieron la fuente del banco como su sitio de encuentro, y en septiembre de 1986 llegó “La Gorda” de Botero y le dio la estocada definitiva al pensativo Berrío. Bajo su torso el parque volvió a tener un aire menos solemne. Una vez más, la vieja plaza mayor era la primera en recibir las novedades y los negocios, los ingenios y los sucesos que luego se irían a otros sitios de la ciudad.

Con el inicio de las obras del Metro el parque recibió su sombra definitiva. Los personajes que visitan hoy la plazuela, el movimiento de los venteros y sus ofertas de empanadas, cidís, zapatos, reconstituyentes sexuales, películas porno, lotería y relojes, sumados al sonsonete de los músicos populares, constituyen una especie de retoma pacífica e ingenua de los primeros habitantes del mercado de toldos. Los milagros de la Puerta del Perdón, el cóndor que corona el edificio de La Bolsa –que bien podría ser un buitre–, los frescos de Pedro Nel en los bajos de la estación del Metro y las viejas palmas adonde todavía llegan los pericos nos dicen que algo queda del telón cambiante del Centro de la ciudad.

■



▸ Reformas al Parque Berrío, por inauguración de la Estación del Metro. 1995.



entre otras cosas porque borraron su valor histórico y lo convirtieron en una pequeña isla de cemento, carente de sentido estético y urbanístico y sin conexión con los espacios circundantes.

## 1997

La iglesia de Nuestra Señora de La Candelaria fue restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia. La principal intervención fue en los techos, deteriorados por el alto flujo de palomas.

## 1999

El 19 de marzo, en el atrio de La Candelaria, tuvo lugar el primer “Plantón de las Madres de La Candelaria”, acto de protesta pacífico de las madres y familiares de personas desaparecidas por grupos armados.

## 2001



El edificio de La Bolsa de Medellín dejó de ser sede de la entidad, la cual se fusionó con La Bolsa de Bogotá y Occidente para conformar La Bolsa de Valores de Colombia; a partir de 2007 la nueva organización empezaría a funcionar en el complejo arquitectónico San Fernando Plaza, en el barrio El Poblado. El edificio de la antigua Bolsa sería remodelado y convertido en pasaje comercial.

## 2006

La asociación Caminos de Esperanza Madres de La Candelaria, integrada por 139 mujeres desplazadas y víctimas de la violencia, recibió el Premio Nacional de Paz.



# Iglesia Nuestra Señora de La Candelaria

*Este templo no es para hablar, charlar, dormir, o hacer cosas indignas de este lugar sagrado.*

Cartel de entrada

Primera parroquia de Medellín. Inaugurada en 1776. La cúpula es de 1860 y las torres del frontis son de 1887. Fue catedral de la Arquidiócesis de Medellín entre 1868 y 1931. En 1970 recibió el título de Basílica Menor. Declarada Monumento Nacional en 1998.

## Comer

De las millones de hostias que se fabrican al mes en este país de creyentes, practicantes, no practicantes y escépticos que dan gracias al señor, más de cien mil son entregadas en la parroquia de Nuestra Señora de La Candelaria. La más antigua de Medellín, la más representativa, la más central: el ombligo de la ciudad, enmarcada entre la calle 49 y la carrera 50, donde todo esto empezó.

A La Candelaria no le faltan fieles. Aunque no tenga su propia feligresía, esa población flotante que vive, trabaja o transita por el Centro no la abandona. Comerciantes, amas de casa, mensajeros, obreros, empleados, desempleados, todos devotos, llenan las bancas durante cada una de las 228 eucaristías que se realizan al mes, y hacen uso debido de la confesión permanente y de la comunión que esta parroquia ofrece sin necesidad de asistir a misa, en las mañanas, cada quince minutos.

La celebración de otros sacramentos es más bien escasa. Los bautizos, que a comienzos del siglo XX superaron el millar por año, pasaron a ser unos cincuenta en los últimos tiempos; los matrimonios, si mucho, alcanzan a ser cinco al año y las exequias son exiguas.

## Alborotar

Pero no siempre fue así. Cuando Medellín aún era un pueblo, todo pasaba por La Candelaria. Las fiestas patronales eran el evento popular más importante, y a veces se extendían hasta por ocho días en los que no faltaban viandas, tabaco, aguardiente, chirimía y fuegos artificiales.

Otra fue la fiesta en 1838, cuando se instaló el reloj que ha marcado las horas durante años y que en su momento era el único que existía. Cuentan los cronistas que el montaje del reloj, donado por Tyrrel Moore, fue celebrado con música, cohetes y repique de campanas en todas las iglesias de la ciudad; en los días siguientes, la multitud de curiosos se estacionaba en la plaza para ver girar los punteros y oír extasiada el toque de las horas.

Inquietud y regocijo similares generaron "Las Pascasias", las campanas actuales, donadas por el empresario Pascasio Uribe. Según cuentan, don



Pascasio las pidió a Nueva York con las siguientes especificaciones: una de veinticinco quilates con un peso de dos mil 500 libras, otra de veinte quilates y dos mil libras, y la tercera de quince quilates y mil 500 libras. En su monografía histórica de esta parroquia, monseñor Javier Piedrahita dice que las campanas costaron 7.746 pesos y la instalación 500. Ya imaginará el lector el jolgorio cuando sonaron por primera vez el 1 de febrero de 1890, víspera de las fiestas patronales.

### Exhibir

La Candelaria tiene otros motivos de orgullo. Su famoso sagrario, por ejemplo. Su estructura, hecha en plata labrada, fue premiada y admirada por los emperadores Napoleón III de Francia, Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria en la Exposición Universal de París en 1867. Vino a parar aquí gracias a que el padre José Dolores Jiménez lo compró, luego de que la Catedral de Arequipa, adonde estaba destinado, no pudiera pagarlo.

Hoy el sagrario sigue siendo admirado, junto con el altar frontal, también de plata, y el cuadro de la Virgen de La Candelaria donado por la reina de España, doña Mariana de Austria, en 1675, cuando Medellín recibió el título de villa.

Sin embargo, el que más devotos atrae es el Jesús Caído, ubicado en la nave izquierda del templo, justo al lado de la puerta del perdón. A esta efigie nunca le faltan las veladoras, los postrados y las peticiones.



**NOVENA DE LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA.**

**PRESENTACIÓN DEL NIÑO DIOS EN EL TEMPLO.**  
Excelsa Patrona de Medellín

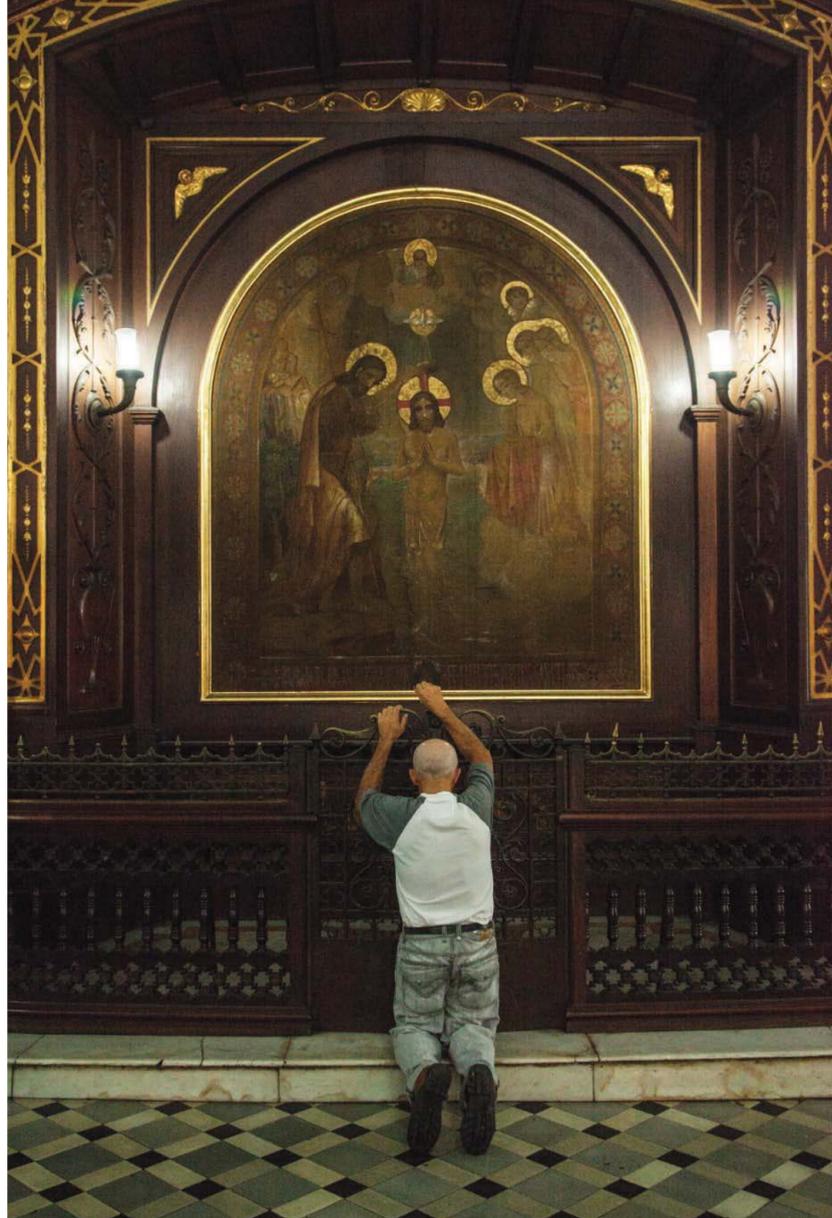
**DIA PRIMERO**  
*Por la señal de la santa Cruz, etc.*

**ACTO DE CONTRICIÓN**  
Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, arbitro de la vida y de la muerte, en cuyas manos está la suerte de todas las criaturas, nosotros, indignísimos a tus pies, confesamos humildemente que no merecemos comparecer en tu

**Novena a Ntra. Sra. de La Candelaria**

› Patrona de la Iglesia.

› De los cerca de trescientos cirios que son encendidos diariamente a los pies del Señor caído, unos cien son despachados por la misma parroquia a tres mil pesos cada uno.

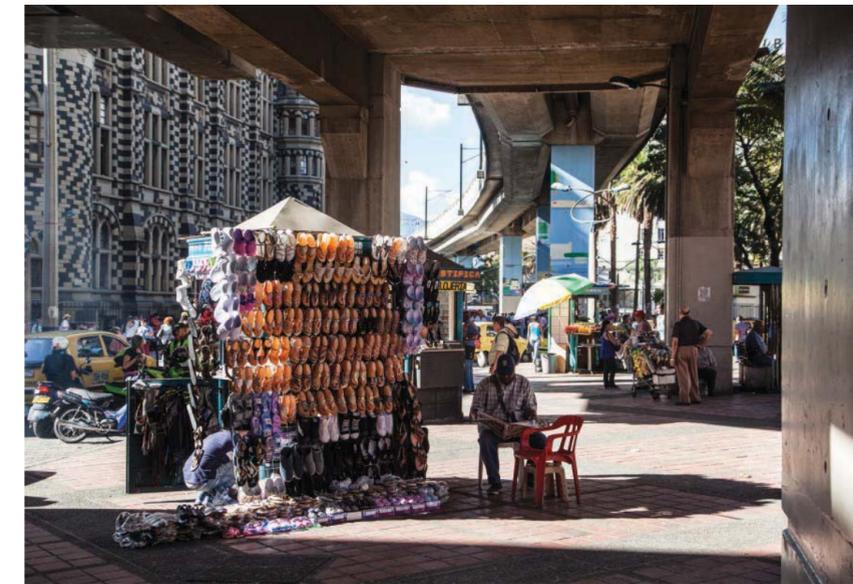


# Los bajos del Metro

Por JUAN GUILLERMO ROMERO



—¿Vos es que te amañás por aquí, o qué?  
—No, don Javier, lo que pasa es que voy a escribir un artículo sobre este sector de la ciudad para un libro que están haciendo unos compañeros.  
—¿Qué fue lo que vos estudiaste?  
—Periodismo.  
—De todos modos, no se confíe. La gente es muy conversadora y uno no sabe quién se le sienta al lado.  
—La idea es escribir sobre este sector, y también sobre este bar porque es muy antiguo, tiene más de cincuenta años.  
—Claro, como ya se acabaron el Clarita, el 20 de Julio, el Paz del Río y el Salón Bogotá, que quedaba aquí enseguida, donde están esos Billares Europa... Pero ¿cómo es que se llama este bar?  
—Se llama Gran Bar, el aviso lo están remodelando, como todo el bar; vea que las paredes están recién pintadas.  
—En todo caso, si entra, no se vaya a enguaralar cuando una de esas muchachas se le sienta al lado. Usted sabe que uno empieza sobándoles la manito, y ellas terminan cogiendo otra cosa... La billetera. No se imagina la cantidad de amigos jubilados que botan la platica en estos bares del Centro.  
—Las meseras de aquí ni siquiera pueden beber; o al menos, eso me dijo el dueño.  
—Puede que el bar sea muy sano, pero la gente conoce de una al que es novato en un sitio.  
—Se ve que usted sí viene mucho por estos lados...  
—Antes sí venía muy seguido, pero ya casi no. Vea, no ha caído la tarde y ya voy pal barrio.  
Era la segunda vez en menos de una semana que una conversación me agarraba a las afueras del Gran Bar, merodeando, camuflado entre los jubilados que conversaban en la acera. La primera vez tampoco me decidí a entrar porque me angustiaba no encontrar a Heriberto Osorio, un señor blanco y fornido, de unos sesenta años, elegante como un monseñor, que había aceptado entrevistarse conmigo en este sitio, y quien administró durante 42 años el Edificio Henry, en cuyo primer piso se encuentra el Gran Bar.  
Al llegar, don Heriberto, muy contento de poder regodearse en sus viejos dominios, no se cansó de señalarme qué cosas debía mirar: la fachada del edificio, las ventanas de madera y la puerta de hierro de la entrada,



fabricadas en 1929, año en que se inauguró esta construcción de siete pisos ubicada en el cruce entre Bolívar y Boyacá, considerada en su momento la más alta de la ciudad. Cuando le conté que había leído que el edificio reemplazó uno de los viejos caserones desaparecidos tras el incendio que azotó el Parque Berrío en 1922 —considerado por muchos como el mejor pretexto que hallaron en la época para modernizar el sector—, me condujo a toda prisa hasta la pared derecha del Gran Bar, donde todavía hay un letrero en el que se lee: All America Radio Inc. Un jubilado que estaba allí parado nos interrumpió para decir que ahí quedaba una emisora, pero don Heriberto me mató el ojo y me aclaró que se trataba de una agencia de correos y llamadas a larga distancia que había operado en los años cuarenta. Luego, adentro del bar, mientras nos movíamos entre las mesas, don Heriberto no dejaba de alabar la gran altura del techo y de señalar el *mezzanine*, repleto de clientes ese viernes al mediodía. La gente nos miraba: debíamos parecerles un maestro y un albañil que discutían reformas.

Al salir del bar, don Heriberto me tiró del brazo para que lo acompañara hasta Navarro Ospina, el almacén de electrodomésticos que desde hace



61 años ocupa el otro local del primer piso del edificio, pues encima de la puerta, entre las marcas borrosas de un aviso de Sharp, está la otra pista de esta mini carrera de observación que me propuso: el anuncio del National City Bank of New York, que seguramente funcionó por la misma época que la empresa de correos.

Don Heriberto me invitó, además, a recorrer el edificio. Lo más atractivo, según él, son los pasamanos y las puertas de pino canadiense de las oficinas, marcadas con los números y nombres de sus moradores en la parte superior. Así conocí a Franklin Benítez, el electricista de la 606, quien lleva cuarenta años en el edificio y es su habitante más antiguo. Es un señor bajito, de unos setenta años, que desafía la inactividad que le recomienda su familia y desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde se la pasa metido en una vieja oficina que parece un cementerio de televisores y equipos de sonido viejos. Los ha acumulado por años con la esperanza de aprovechar algunas de sus piezas como repuestos, aunque su especialidad son los proyectores de diapositivas y de 8mm, unos aparatos tan olvidados como el edificio.

—Don Franklin, usted debe ser muy bueno para sostenerse tanto tiempo sin estar a la vista de los transeúntes, metido en este edificio.

—Vea toda la basura que tengo; imagínese lo que me he tenido que mover para conseguirla.

—¿Y dónde aprendió a reparar artículos eléctricos?

—Hice un curso por correspondencia en la National School. Eso era lo que se usaba, pero claro, aprendí fue dándole.

—¿Y usted se mueve mucho por esta zona o sale de una para la casa?

—Salgo cuando necesito comprar algún repuestico y por la mañana a tomarme un tinto, a veces en el Gran Bar. Otra cosa que hago es comprarle la revista *Motor* a un señor que vende periódicos hace muchos años frente a la Remington. ¿Qué más quiere preguntarme?

—No, de pronto estos días le traigo una grabadora que está empezando a fallar.

Cada vez que los entrevistados me arrinconaban, regresaba al Gran Bar. Allí, sentado adentro o parado afuera, recordaba esos bares de pueblo que reúnen en las mañanas, a punta de café, a quienes en las noches se atreven a posar con la cerveza o el guaro en la mano para las señoras y los turistas que entran y salen de las ostentosas iglesias de nuestros municipios. Dispuesto a sacarle más punta a esta repentina interpretación, en mis teorías de pseudourbanista le adjudiqué al viaducto del Metro el papel que antes cumplían los templos. Desde el viaducto hasta el templo de La Candelaria todo es muy iluminado; los bajos, en cambio, son oscuros y sombríos. En ellos el sol entra apenas unos veinte minutos al día, antes o después de la una, dependiendo de la temporada.

—Doly, muy triste ver esto siempre a oscuras.

—Peor chupando sol a toda hora, ¿o es que nosotros los pobres siempre tenemos que quemarnos el pellejo?

—No, Doly, lo digo porque le da a uno la sensación de mayor peligro.

—Pa ustedes que solo vienen a comprar cositas de vez en cuando. La gente del Centro sabemos torear el Centro.

Doly Bohórquez Barrera tiene 54 años y lleva más de treinta toreado este sector. Ha vendido aretas, anillos, cadenas, billeteras y correas de cuero, ropa barata o “tripa”, como la denominan los de su gremio; y desde hace unos diez años, al igual que varios integrantes de su familia, gorras y medias, siempre parada junto a su puesto en los bajos de la Remington. Los ojos pequeños y enrojecidos y las venas dilatadas del cuello le ayudan a narrar sus historias. Como si quisiera despacharme rápido, me habla con la mirada clavada en la pantalla de un Blackberry que le trajo su hijo para mostrarle una camada de cachorros pitbull que espera vender muy pronto; pero cuando sabe que ha llegado la parte digna de efectos sonoros, levanta los ojos y tensiona el cuello mientras dice entre risas “tas tas” y me apunta con el celular.

—Yo le dije al Caleño: “pilas güevón, que los manes aquí mandan la mujer adelante y se van atrás”. Y como a él le fascinaba manosearlas, el tipo lo pilló, le dijo a la esposa que siguiera y se devolvió a meterle tres tiros. Ahí quedó junto a la estatua de “La Gorda”.

De ‘El Caleño’ y su versión femenina, ‘La Piragua’, dos personajes que se hicieron famosos en los noventa por tocarles los genitales a los transeúntes, ya me había hablado Gilberto Chaverra, un vendedor de periódicos. “La Piragua era una señora ya entrada en años, con hijos profesionales y todo, pero le gustaba mandar la mano al mercado de los tipos... y El Caleño, ese era todavía más atravesado. Cuando lo mataron salió en el periódico”.

Como el notario parapetado en su oficina, Gilberto tiene la posibilidad de leer en su quiosco la versión oficial de las historias violentas de la zona. Las de estos días son protagonizadas por las bandas de cosquilleros, esos que roban a punta de distracciones. Hace más de cuarenta años que vende periódicos y revistas junto a la entrada del antiguo Edificio Coltabaco, hoy sede de la Corporación Universitaria Remington. Aprendió el oficio de su madre, Ana Agudelo, quien crió doce hijos gracias a la venta de periódicos en una carreta que estacionaba a unos pasos de la caseta donde ahora él trabaja junto a su hermana Rosalba, quien lo releva en las tardes.

—Me imagino, Gilberto, que lo duro de tu camello es la madrugada por los periódicos...

—Eso era antes, cuando había que hacer filas larguísimas en la antigua sede de *El Colombiano*. Ahora hay muchos distribuidores. Lo duro es aguantar esta bulla; es como estar sentado en el patio de una escuela de primaria en pleno recreo, pero todo el día.

—Y aquí hasta que te jubiles...

—Esto va a ser hasta que me muera. Yo casi termino idiomas en la de Antioquia, pero no se dieron las cosas y aquí me va a tocar, como a mi madre, que aguantó esta bulla hasta sus últimos días. Esto es muy estresante, aunque no lo parezca.

La banda sonora del sector es una verdadera caosfonía, y lo que es peor, en etapa de afinación: la base, tal vez el único ruido que tiene cierta métrica por sus repeticiones, es el que producen los vagones del Metro al entrar



y salir de la estación; y sumados a este sonido, el cuchicheo de las decenas de transeúntes, el rugir de los motores de los taxis y las motos que pasan cada tanto y, por supuesto, los gritos de los vendedores de gorras, bisutería, tinto, agua, películas piratas, minutos a celular, pollo apanado, peluches y, sobre todo, sandalias: el producto dominante en los bajos del Metro. Solo debajo de la estación conté ocho casetas con decenas de hileras de sandalias de plástico, cuero, caucho, con brillantes, sin ellos, de colores metálicos, blancas, negras, nacionales y chinas; simétricas postales que convierten estos quioscos en caleidoscopios ambulantes.

Al entrar de nuevo al Gran Bar pensé que si fuera su dueño le pondría una puerta giratoria de madera y vidrio, como las del Edificio Henry; eso sí, con unos goznes mal aceitados, para que todos los clientes recuerden su sonido cuando ya no puedan frecuentarlo. Nada más lejano de la mente de Carlos Botero, su dueño, un tipo de unos cincuenta años, robusto, con la palidez típica de quienes trasnochan con cierta regularidad, quien hace rato entendió que su clientela no viene por la música ni por las meseras, sino para seguir viendo esas caras que los han acompañado mientras envejecen.

—Lo mejor de este bar es la tranquilidad de sus clientes. Como la mayoría son jubilados, vienen a conversar antes que a emborracharse.

—¿Son jubilados de qué empresa?

—La mayoría de ellos trabajaron en obras civiles para el municipio o el departamento; algunos fueron topógrafos. También viene mucho albañil, pero no muy jóvenes, porque aquí no dejamos que las muchachas beban y eso es lo que buscan los pelados.

—¿Y esa barra lateral de la entrada es para atender más rápido a los transeúntes que quieren tomarse algo?

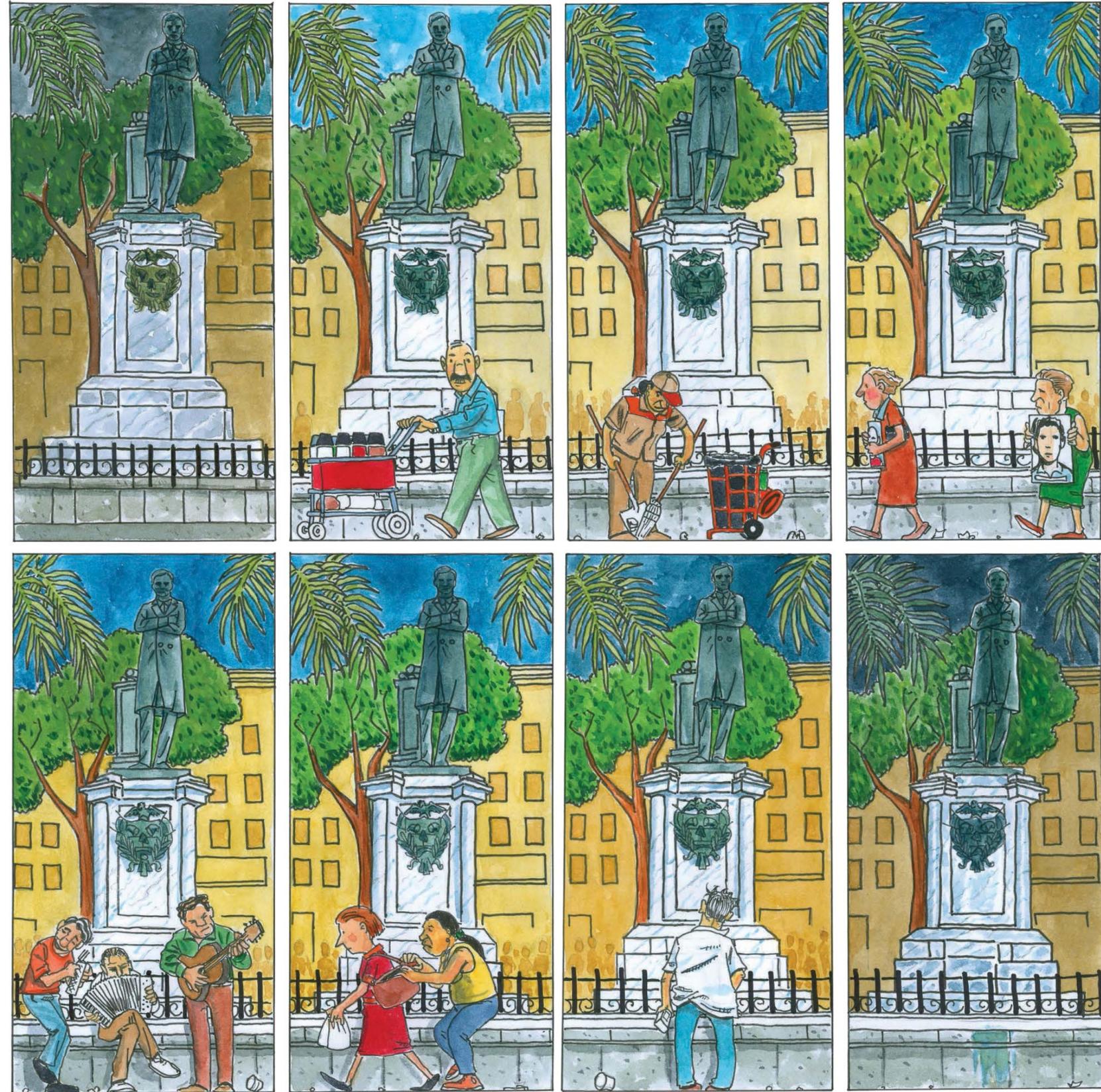
—Nada, es para los que beben de pie. Aquí llegan personas que toman toda una noche sin sentarse, y si alguien les brinda un trago allá tiene que mandárselo.

Antes de dejar el Gran Bar me tomé una cerveza con la idea de orinar allí, pues varias personas me habían dicho que quien no hubiera expulsado su agüita amarilla en ese estrecho baño, no había recorrido los bajos del Metro. Mientras avanzaba en la fila, la chica que controla la entrada —hace un año cobran doscientos pesos—, una mujer rubia, de contextura maciza y ojos brotados pero siempre entreabiertos, no paraba de mirarme. Fue entonces cuando recordé las palabras de don Javier, mi vecino: “la gente conoce de una al que es novato en un sitio”, acaso la mejor definición de lo que es ser un reportero.

■



Viñeta x10



# Incendios

Por MARIA LUISA RESTREPO

El 28 de marzo de 1916, a las 4:30 de la tarde, inmensas llamaradas comenzaron a salir del Hotel Lusitania, ubicado en el costado norte del Parque Berrío, en la esquina de la carrera Palacé con la calle Boyacá. A falta de un cuerpo de bomberos bien preparado y potentes bombas de agua, acudieron al lugar la policía, el regimiento Girardot, y un nutrido grupo de intrépidos jóvenes, artesanos y obreros que asumieron con valentía la tarea de extinguir el fuego. A pesar de los ingentes esfuerzos, el Lusitania y su vecino, el Hotel América, quedaron reducidos a escombros, al igual que varios almacenes de artículos de lujo, una sastrería y la cantina La República. Mientras el improvisado grupo de rescate derribaba a punta de hacha y machete las puertas y ventanas de madera e intentaba sofocar el fuego con precarios medios, bandadas de pillos se lanzaban sobre los escombros en busca de trofeos. La escena era inverosímil: unos corrían por las calles al tiempo que trataban de calzar en sus desnudos pies elegantes zapatos o de cubrir sus rústicas ropas con finas levitas y chalecos; otros tiraban lejos sus sombreros de paja para reemplazarlos por unos de fieltro, e incluso se vieron algunos llevando sombreros de dama; otros huían con cofres llenos de alhajas, y los más desafortunados encontraron botellas de licores extranjeros que bebieron resignados mientras apreciaban el espectáculo.



› Carrera Palacé el día del incendio. 1921.

Para evitar la propagación del fuego por los hilos telegráficos, estos debieron ser cortados, y la ciudad quedó incomunicada con la capital y demás regiones. El incendio duró dos eternas horas, dejó un muerto, diecisiete heridos, más de 300 mil pesos en pérdidas materiales y 41 detenidos acusados de hurto. La causa del siniestro nunca se supo, pero al parecer el roce de dos cables produjo la flama inicial.

Episodios como este no eran una novedad en el Parque Berrío. En 1912 otro incendio había azotado parte del costado occidental de la plaza mayor, y un año después del desgraciado suceso de 1916 las llamas abrasaron las manzanas occidental y norte. Sin embargo, el más terrible de los incendios del Parque Berrío tuvo lugar la noche del 30 de octubre de 1921. A las 9:20 sonó el silbato que anunciaba fuego. Mientras una espesa humareda salía de los bajos del Edificio Ángel, en la esquina de Bolívar con Boyacá, las llamas se propagaban vertiginosamente, y horas después se elevaban potentes sobre los tejados de toda la manzana occidental. Una vez más, el improvisado cuerpo de bomberos de la ciudad demostró su ineficacia, al igual que la policía municipal, cuyos hombres (no todos, claro) estaban a esa hora en tremenda parranda y llegaron al lugar completamente borrachos; los sobrios, por su parte, no sabían si ayudar a apagar el fuego o apresar a quienes se servían del alboroto para



› Incendio Parque Berrío. 1921.

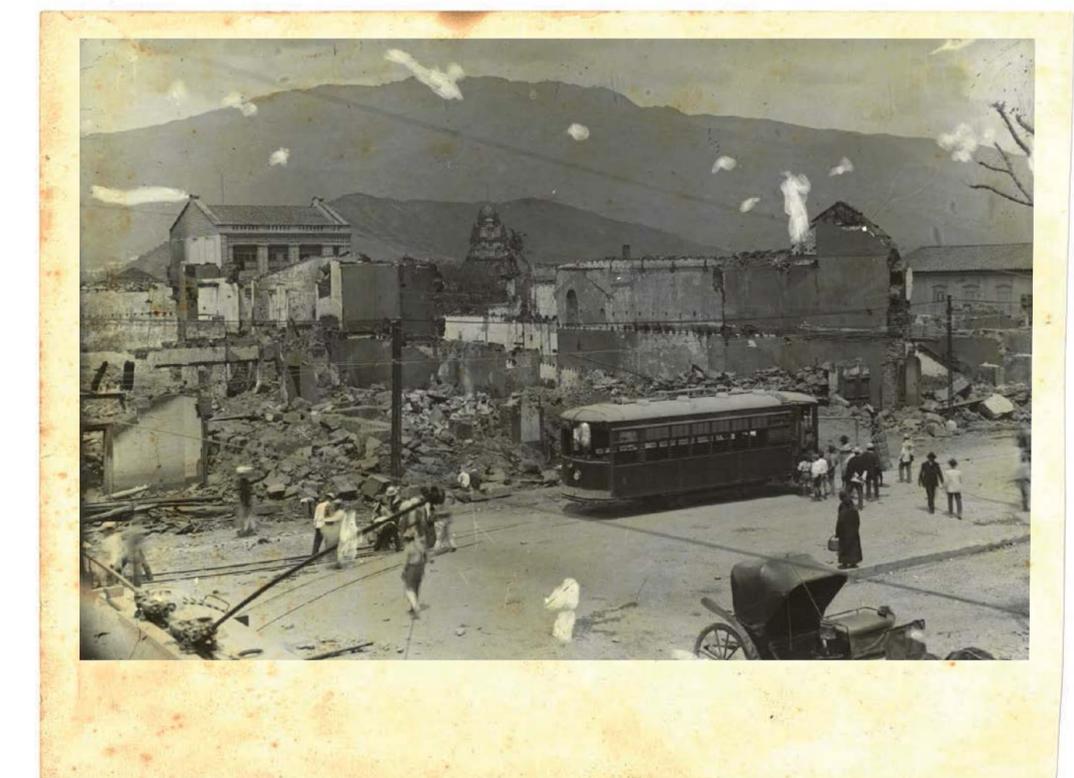
saquear. El gobernador y el comandante gritaban órdenes desesperadas desde los tejados de la manzana de al lado; hombres de todas las edades se afanaban por rescatar mercancías de los locales y apaciguar las llamas; hasta los Hermanos Cristianos, con sus negras sotanas, dieron muestras de su amor al prójimo con valerosos esfuerzos. El pánico era generalizado, y empeoró cuando la electricidad fue suspendida en muchos sectores y las comunicaciones cortadas por completo.

A las cinco de la mañana el incendio llegaba ya al Edificio Bedout, situado en la calle Colombia, entre Bolívar y Carabobo, y solo a las nueve las llamas fueron sofocadas. Los edificios de la manzana occidental quedaron en ruinas. Las pérdidas de almacenes, depósitos, agencias y oficinas ascendieron a 2'500.000 dólares (al cambio de la época); los heridos fueron muchos, algunas personas desaparecieron y hubo más de 300 detenidos por robo. El acontecimiento conmocionó al país entero: llegaron condolencias de todos los departamentos y municipios, el presidente envió un sentido telegrama y el Senado dejó constancia del hecho en acta firmada. La ciudad se llenó de curiosos venidos de los municipios cercanos para ver con sus propios ojos el famoso desastre.

Sobre las causas del siniestro se especuló ampliamente; hubo quienes hablaron de una chispa inicial en el Almacén Nápoles, otros culparon a las grandes cantidades de explosivos guardadas en los depósitos, y no pocos lanzaron la hipótesis de un objeto en combustión arrojado con premeditación a uno de los locales. Finalmente, y como de costumbre, nada se pudo comprobar.

Menguadas las emociones por el trágico acontecimiento, muchos empezaron a considerar la catástrofe como una oportunidad para la renovación del Parque Berrío, entre ellos el prestante hombre de

› Incendio Parque Berrío. 1921.



negocios Ricardo Olano, quien al respecto mencionó: “La ciudad ganará, porque todo lo incendiado era viejo y feo y ahora se levantarán edificios modernos”. La municipalidad tampoco tardó en reconocer la posibilidad que el azar ofrecía, y tres días después del incidente el Concejo nombró una comisión encargada de solicitar a los propietarios de los edificios destruidos una franja de terreno para ensanchar la carrera Carabobo y las calles Boyacá y Colombia (el ensanche de la calle Palacé se había hecho después del incendio de 1916). Se decidió, además, ampliar unos metros el parque por el lado incendiado, y se dispuso que los nuevos edificios fueran construidos siguiendo un mismo estilo arquitectónico.

Así pues, gracias al azaroso fuego, las viejas casas que enmarcaban el Parque Berrío –de tapia, de dos o tres pisos, con balcón y alero– fueron reemplazadas por elegantes edificios de estilo republicano, a la usanza

europea. La firma H. M. Rodríguez fue la encargada de edificar el Banco Republicano (donde después funcionó el Banco de Bogotá y luego el Banco de Londres); el francés Francisco Navech construyó el Edificio Miguel Vásquez, en la calle Colombia, debajo de la carrera Bolívar; en la esquina de Boyacá se erigió el Edificio Británico y sobre la carrera Bolívar el Edificio Zea.

Estas nuevas construcciones dieron al parque aires de abolengo, tan añorados por los ricos comerciantes de aquella época, que quisieron borrar, a toda costa, las huellas del pasado provinciano. Asimismo, las generaciones posteriores vieron en aquellos edificios un pasado sin valor alguno, y las elegantes edificaciones de estilo republicano desaparecieron para dar paso a modernos rascacielos. La almadana vino a reemplazar el papel renovador de las llamas.

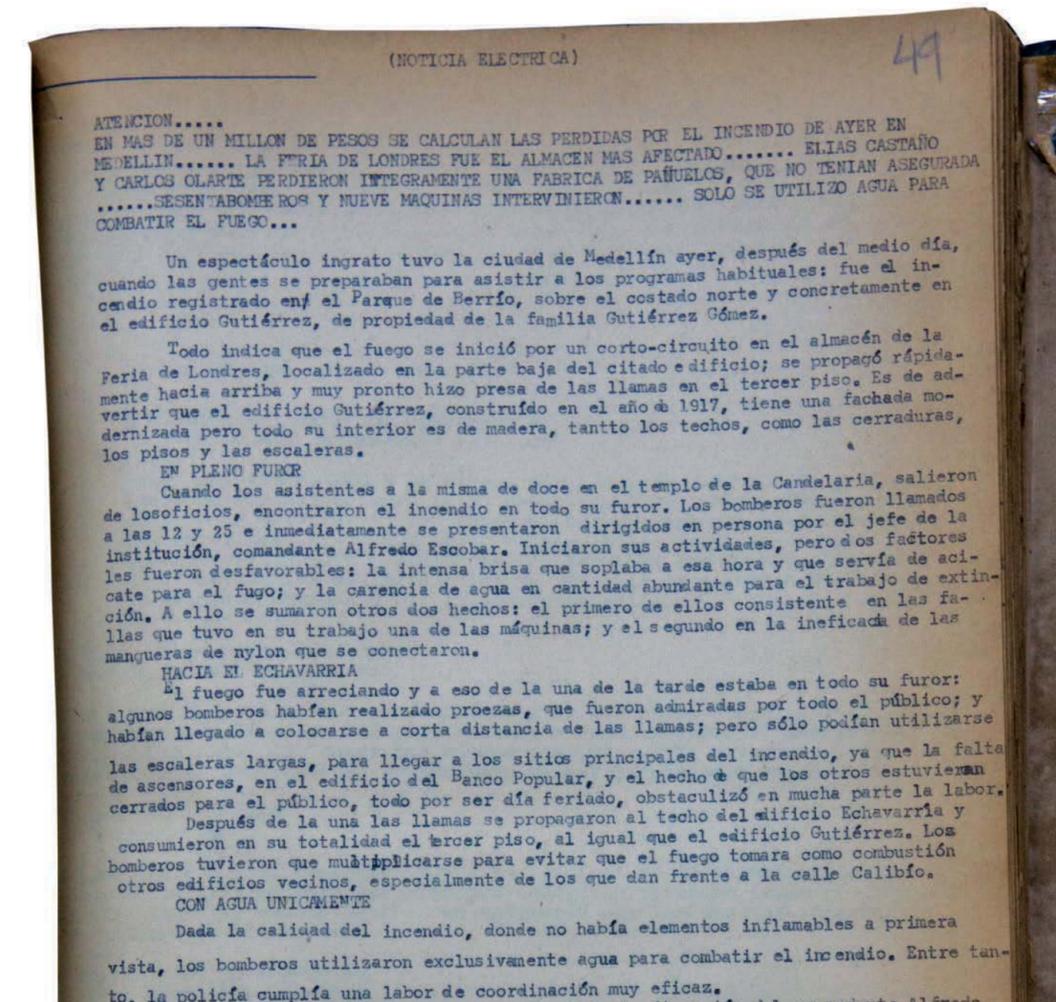
■



► Cuerpo de bomberos de Medellín. 1925.



► Uno de los últimos incendios del Parque Berrío ocurrió el 2 de agosto de 1959 en el Edificio Gutiérrez, en cuyos bajos quedaba el almacén La Feria de Londres. Como la seguidilla de incendios que azotó al parque en las décadas anteriores, este impulsó el cambio y la modernización de las edificaciones circundantes. Incluso se ha dicho que aquellos siniestros no fueron siempre producto del azar, pues se convirtieron en una manera eficaz de presionar la venta de los predios y su posterior transformación por parte de particulares.



► El tono del Radio Periódico Clarín entregaba dramatismo al humo de los incendios en el Parque Berrío. Tiempos de la radio amarilla en 1959.



# Ciudad vs. Pueblo

Por Pascual Gaviria

*El oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío.*  
Frase del ingenio local, 1910

El Parque Berrío todavía entrega su sombra de palmeras a cambio de la mierda inofensiva de las palomas. A simple vista, palmeras y palomas son lo único que le queda de parque de pueblo a esa casilla arrinconada del Centro de la ciudad, aplastada por el Metro, sitiada por los taxis, animada por el sermón de los vendedores de la pujante industria del porno local. Ahora el parque no es más que una modesta plazuela de paso coronada por un prócer empujado ante la escala de los edificios y los hombres, de los buses y “La Gorda” de Botero.

Pero en los corrillos espontáneos que se juntan bajo los árboles se puede encontrar el Medellín más pueblerino, una increíble colección de montañeros que han elegido el ombligo maltrecho de la ciudad para cantarles a su pueblo perdido. Todos tienen los dedos gastados de rasgar las cuerdas y fumarse el cigarrillo hasta la última pavesa. Y ninguno de los tríos suma 32 dientes. Se agrupan según los alientos del día, las complicidades de la botella, los resentimientos de la última gresca. Van y vienen deshaciendo los tríos, conformando los dúos, completando los cuartetos, mientras el corrillo de desocupados los escucha con etílico entusiasmo. Un poco más atrás ronda la horda de tinteras, unas ofreciendo el termo, otras ofreciendo el trono.

Por momentos el Centro de Medellín, ignorado por los ciudadanos que cruzan en busca de una rebaja, parece la plaza de un caserío recién fundado por las desgracias del desplazamiento, los azares de la coca o las promesas del contrabando: Cartagena del Chairá, por decir algo, o Remolinos del Caguán, o Medellín del Ariari. Todos se conocen en esa extraña caricatura del pueblo en la ciudad. Los más viejos hablan del ambiente de fiesta que fue creciendo, hace veinte o veinticinco años, alrededor de los carros de mercado que vendían cerveza, guaro, salchichón, cigarrillos. Poco a poco los músicos callejeros empezaron a acompañar el chirrido de esas cantinas ambulantes. Muy pronto los zurrungueros se hicieron indispensables, y lo que era una beba de cartas y alegatos frente a un carro ambulante se convirtió en baile y cantata. “En ese tiempo algún gracioso le puso el Parque Berrido”, dice una de las gargantas de vieja data.

Es sábado a las dos de la tarde y se cuentan más de veinte guitarras entre las activas y las enfundadas. Los corrillos apenas están afinando las historias de la noche anterior: un viaje repentino a tocar en una fiesta en San Pedro, dos horas de música carrilera que resultaron en La Estancia, en el Parque Bolívar, un contacto del tercer tipo con una de las bailarinas

ocasionales del parque. Lucely es una de las fundadoras de la escena. Acaba de llegar de un recorrido en buses con su parlante: “me cansé de tocar con otros músicos, eso es muy difícil, los humores de cada uno, de cada día... Esto no es sino prenderlo y listo, no pone problema”. Parece que antes de la primera canción es necesario un desahogo sin acompañamiento, a palo seco: “yo empecé a cantar por un desespero, por un hijo enfermo. Estaba lista pa robar, pa ime pa la pieza con el primero que me ofreciera. Y resulté cantando. No sabía, pero cantaba con el corazón”. Sus primeros temas hacen parte de esa inagotable colección de desgracias que se lloran en las cantinas: *Mil puñados de oro* y *Cruz de madera*.

Lucely hace una lista de muertos que no alcanzo a copiar en mi libreta: tres de sus maestros musicales, a los que llama el difunto Argemiro, el difunto ‘El Tábano’, el difunto tales..., más dos hijos asesinados en Ituango y Medellín. Tiene los ojos chiquitos, esquivos, perfectos para esas canciones de llantos eternos. Abrazada a su parlante canta una alegoría a las madres solteras, sin afán, con la misma parsimonia y concentración con la que acaba de contar un pedazo de su vida. Su canto y su cuento tienen la misma letra truculenta.

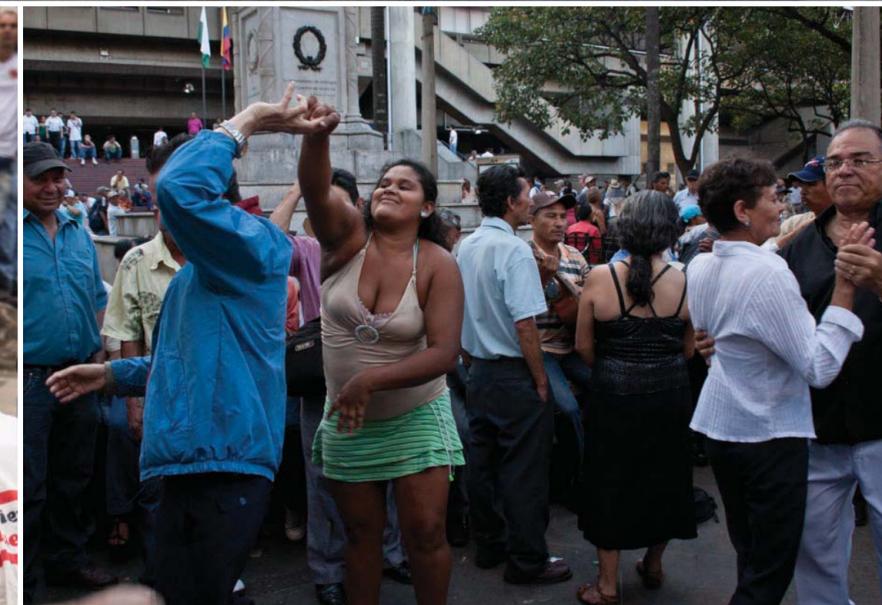
Cuando llegó el Metro con sus alardes de trapeadora y su cultura de ascensor, los músicos populares del Parque Berrío fueron perseguidos como la peor de las plagas. Muecos, con tufo a alcohol y canciones de lágrimas y puñales, con sombrero peludo y zapatos que sufrían su tercer dueño, los músicos, los bailarines y los pegados del parche le parecían al Metro impresentables para sus alrededores metropolitanos. Recordaban demasiado a los personajes callejeros, algo siniestros y desaliñados, que solo le gustan a la cultura oficial cuando están pintados por Débora Arango o retratados por Benjamín de la Calle. Entonces los policías comenzaron a desalojar el parque y la guitarra se volvió una amenaza: “es muy difícil conseguir a uno de por aquí que no haya terminado en el comando”, dice ‘El Segoviano’, un cantante vestido con la camiseta del Nacional.

En medio de esa purga contra la guasca, la carrilera, la parrandera, el despecho y sus costumbres hubo una escena que cambiaría un poco la historia del parque. Eran los tiempos en que Lucely aún no había descubierto a su compañero el parlante y andaba con la guitarra a cuestras. Un policía trataba de arrebatarla y ella daba pelea con las pajuelas como única arma. El tomo ganó el duelo y amenazó con romper la guitarra contra el piso. Una estampa perfecta para un estencil. José Manuel Barrionuevo, un

hombre de Barranca curtido en rebusques y andanzas, vio todo el tropel desde una esquina y decidió comprar la pelea. Salvó la guitarra y se le ocurrió que había una buena posibilidad de pelear por los músicos del parque. Tenía varias categorías que seducían en el lenguaje burocrático del momento: población vulnerable, desplazados, gestores culturales. Comenzó a llenar planillas, sacar carnés y juntar tríos camino a la Secretaría de Cultura. Barrionuevo se declara analfabeta musicalmente. Tal vez así tenía que ser para animarse a dar la pelea por los músicos en el escalón más bajo de la tarima.

El Metro debió resignarse y trazó una línea imaginaria que los músicos y su guachafita se comprometieron a no cruzar: "ese es el paralelo 38", dice Barrionuevo entre risas, aludiendo a la línea roja entre las dos Coreas. Ahora los merenderos tienen el compromiso de pensar más en la guitarra que en la copa mientras estén en el parque, y cumplen con discreción yendo a enjuagarse la boca cada tanto a una esquina cercana; incluso lograron recibir clases de técnica vocal en la sede del Banco de la República y lucir los adelantos en un concierto de lujo en la Minorista.

Ahora, cuando los esplendores del Parque Berrío son imposibles de reconstruir desde la visual de Pedro Justo, después de que la ciudad decidiera sepultar su cuna bajo su gran orgullo, los personajes que se reúnen día a día para cantar y bailar sus cuitas hacen posible vivir en el pueblo de 'Cosiaca', 'Marañas', 'Lorita' y demás vagos de ruana y pata ancha. Esa Medellín que baila a salticos en los corrillos del parque, que exhibe la mirada vidriosa de los jubilados sobre las putas jubiladas, que rebusca monedas invocando brujas y resuelve todas las discusiones con el refranero, es un sumidero privilegiado en la ciudad. Allí no solo hay una colección de lo más granado de los montañeros de la provincia, sino que también están los campechanos más rebeldes, los más bohemios, como todavía dicen en los pueblos. Intentan mezclarle algo de guitarra al palustre de la semana y no se dejan atortolar por el reguetón ambiente: "a mí me tocó venirme pa Medellín porque uno de músico en el pueblo es visto como un loco, un borracho sin oficio", me dice 'El Genuino de Antioquia'. Algo parecido dijo el inglés Charles Saffray cuando abandonó lo poco que había en este valle a finales del siglo XIX: "...en aquel pueblo ocupado solo en buscar progreso material, los sabios, los poetas, los músicos, los artistas quedan siempre pobres, sin poder construir una clase separada". Lo han logrado a medias: ahora tienen carné de desplazados, asociación de músicos populares y el beneplácito a regañadientes de la nueva iglesia local y sus vagones.





# Un viejo y obstinado corazón

POF ANAMARÍA BEDOYA BUILES

*Sólo esto, entre todo, quedará...  
han vivido y han apostado,  
gran parte del juego serán ganancias,  
aunque el oro de los dados se ha perdido.*  
Jack London

## De espaldas a don Pedro

Enrique llevaba puesto el fedora blanco alicorto. Hasta en los días grises cubre su cabeza con aquel viejo sombrero sin pluma. Esa mañana el cielo despejado auguraba un tiempo caluroso, en esos casos el sombrero es lo único que le brinda sombra. Era martes, día de María Auxiliadora, día de la suerte de Enrique. Solo a él le aguardaba la ventura. Para el resto de quienes trabajan sobre la calle Palacé, a los pies de la Basílica Menor de Nuestra Señora de La Candelaria, sería un día como todos.

—Dios le pague hijo, Dios lo bendiga.

A todo el que le daba limosna, Enrique le decía lo mismo. No paraba de agitar el vaso; el ritmo sincopado, metálico y seco, marcaba cada segundo de las seis horas que permaneció frente a la puerta izquierda de la iglesia. Eligió esa entrada porque por ahí la gente sale más caritativa. Se dio cuenta después de pasar dos años en la puerta derecha, donde otro señor, también inválido, pedía.

En El Pedrero, el mercado de la antigua Plaza de Cisneros, se conocieron varios de los que trabajan en el atrio. Allí llegó Enrique muy aburrido después de abandonar Andes, su pueblo natal, la misma mañana que su mamá murió. Consiguió trabajo como camarero en el Hotel Amazonas, pero cuando se incendió la plaza y la gente perdió los negocios cargó una carreta con pescado y aguacate y se fue a vender por los lados de Laureles. A Enrique lo que más le gustaba era jugar billar, y le iba bien. El día que sumó treinta carambolas decidió que viviría de su suerte. Pero la suerte le tenía reservadas otras jugadas.



—Vendí un afiche de la Madre Laura, cinco mil pesos —le dijo Julio a 'El Diablo', un señor trigueño y bajito, de cejas espesas y ojos oscuros. El Diablo recibió el billete y le dio mil pesos por cuidarle el puesto en el que vende novenas, relicarios, libros y afiches.



Antes de ser El Diablo lo llamaban por su nombre: Jaime. Fue en la época de El Pedrero. Vendía atrapamoscas en las mañanas y al medio día se encontraba con su papá, un albañil de la construcción del Pasaje Veracruz, para almorzar. El Diablo no recuerda el nombre de las dos películas japonesas que vieron en el Teatro Granada. En la segunda el papá empezó a sudar a chorros. No alcanzó a llegar vivo al hospital. Antes de morir le escuchó decir: “pórtese bien, mijo”.

Está cumpliendo esa última voluntad después de haber estado encerrado mucho tiempo en la pieza de un hotel barato del Centro, llevado de la soledad y las drogas, hundido en el recuerdo de la mujer que conoció en el Parque Berrío el día que un aguacero los destinó a escamparse bajo el mismo balcón. Tuvieron una hija que luego lo haría abuelo de una niña, la única capaz de obligarlo a dejar el bazuco.

—A la orden, señoras —dijo a dos devotas, pero Ramiro, el señor del lado, se le adelantó con la novena de Santa Ana. El Diablo se sentó en la butaca, sin apartarle la mirada ceñuda. Abrió el periódico para encubrirse y vigiló a Ramiro de soslayo.

Se distinguen desde El Pedrero. Ramiro vendía panela a cinco centavos. Dejó la escuela por los Lleras, billetticos que le daban las señoras por cargarles el mercado hasta el Tranvía de Ayacucho. Después de entregar la novena se puso a ordenar los libros. Ramiro también vende recetarios de magia blanca, fórmulas para hechizos, conjuros para el amor, la impotencia sexual, el trabajo y las enfermedades, contras y sahumeros mágicos.



Enrique se despertó a las cinco de la mañana. Se afeitó la barba con jabón perfumado, eligió la camisa de cuadros y el pantalón de paño gris, dobló el resto de la bota y la guardó debajo de los muslos. Se puso el reloj de manilla de cuero, se caló el sombrero y salió del pequeño cuarto alquilado luego de apagar la luz. En el camino hacia el Parque Berrío se detuvo una vez y desayunó empanada con chocolate. A las 6:30 a.m. se ubicó a la entrada de la iglesia.

La salmodia de una voz varonil y aletargada anunció el fin de la misa de ocho. Algunos devotos rezaban

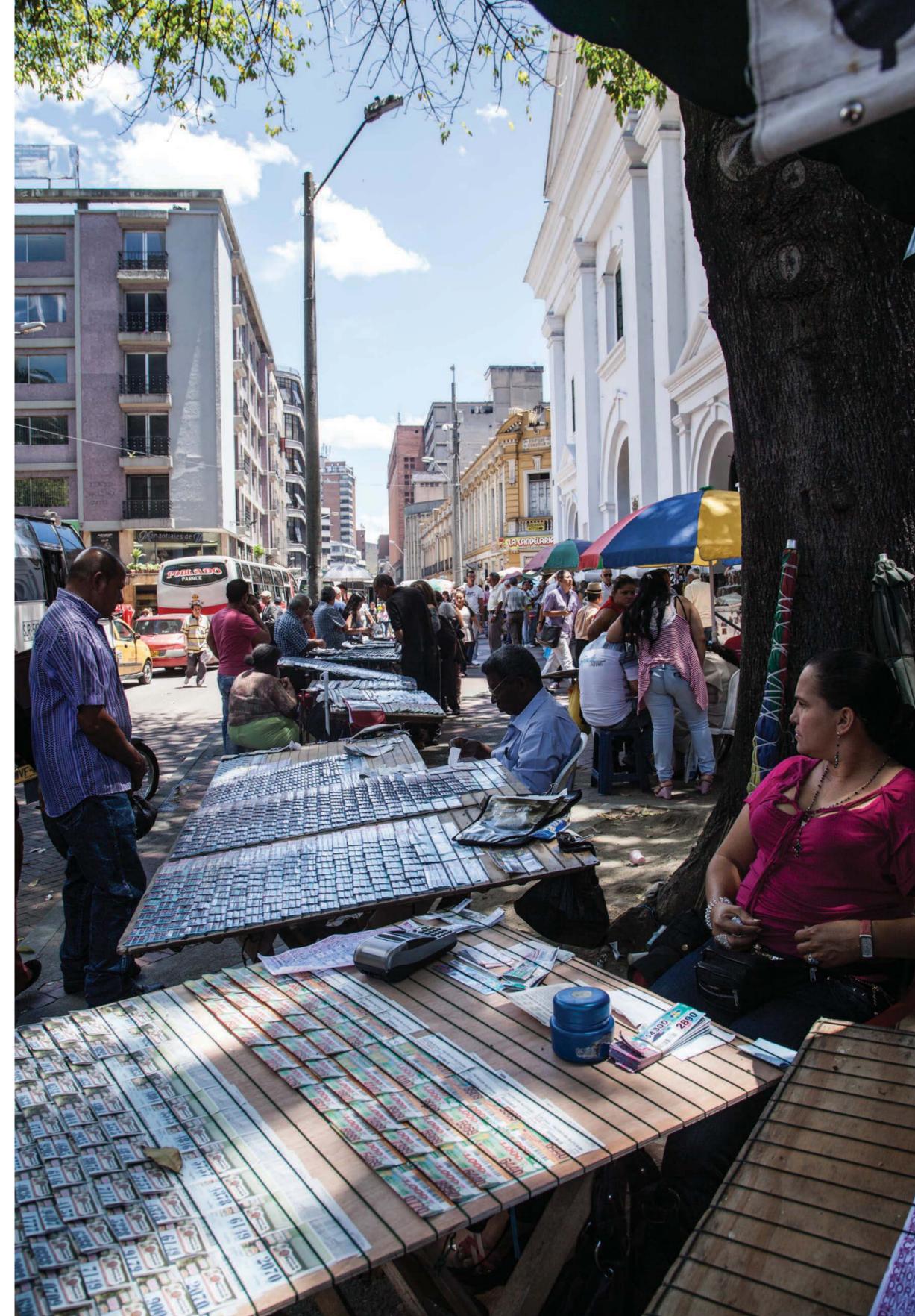
arrodillados en el reclinatorio frente a la hornacina de Jesús Nazareno, junto a la entrada donde Enrique esperaba. Miró la hora: 8:30 a.m. Las monedas en el vaso no sumaban dos mil pesos.

Una vez, hace cincuenta años, contó treinta mil pesos. Los ganó después de vencer en el billar al carnicero de un pueblo. El carnicero salió a buscar un cuchillo para sacarle las tripas a ese pobre campesino de sandalias y poncho curtido. Un policía lo ayudó a escaparse. Regresó a Medellín por una niña de catorce años de la que estaba enamorado y se fueron para Cali a gastarse la fortuna.

La feligresía salió de la iglesia en una marcha acompañada y se dispersó al ritmo apresurado de Palacé, con los bolsos apretados contra el pecho y la mirada al frente. Una señora de cabello corto y cejas pintadas salió de la misa sin ver a Enrique, siguió por la acera hacia los puestos de los loteros alineados frente al Pasaje Comercial La Bolsa, ignoró a los jóvenes de traje que le ofrecieron créditos para pensionados.

Enrique regresó de Cali sin dinero y sin la niña de catorce con la que tuvo un hijo que nunca conoció. Y volvió a vender pescado en la carreta. Primero le empezó a doler la pierna derecha, se hinchó y se puso morada. Le dijeron que era un hechizo, gastó en brujos que no lo curaron. Una noche le salieron de la pierna unos gusanitos con cabeza roja. Se desmayó al verlos y despertó en un hospital. El pie y la rodilla derecha habían desaparecido. Pasó lo mismo con la izquierda. Desde entonces Enrique pide limosna.

Por segunda vez, miró el reloj: 8:50 a.m. No había por qué desesperarse, Envigado queda muy lejos. Llegaría. Es devota de María Auxiliadora y





desde hace tres años no falla. ¿Y si amaneció enferma? En ese caso no almorzaría sancocho de pescado de la Minorista.

Una mujer blanca de gafas oscuras, cabello teñido de castaño y labios pintados de rojo le echó al vaso un billete que sacó de su billetera de cuero.

—Mi Dios le pague, Dios la bendiga.

La mujer respondió con una mirada corta, le sonrió y entró al templo enganchada al brazo de un hombre.

—Vea, ¿no le dije? Yo no miento. Cinco mil pesos. A mí es que me da pena hablarle porque siempre anda con el marido y de pronto la cела.

Sonaron los oscuros tañidos de las campanas afinadas en Do Mi Sol.

### La 50 con la 50

Las guías turísticas aseguran que el cruce de Palacé con Colombia —la 50 con la 50— marca el centro de la ciudad. Insisten en que el Parque Berrío es el corazón de Medellín. En ese caso, este músculo padece una taquicardia sinusal. Corre al ritmo de taconeos, bramidos, guitarras y cornetas. Recibe el humo negro de las arterias taponadas por las que circulan buses y taxis, y el humo oscurece las hojas de los árboles. En cambio, estos producen oxígeno para quienes viven bajo su sombra, al pie de sus troncos. A pesar de las arritmias, el corazón no se detiene.

En este campo cardiaco los lustrabotas están en el ventrículo izquierdo. Óscar no conoce la especie ni ha visto florecer el árbol que eligió para estacionar su puesto de lustrabotas. Una vez le dijeron que podía vivir hasta 300 años. Lo prefirió porque sus ramas gruesas, cubiertas de hojas lanceoladas, lo protegen del sol. Descartó las palmas reales, que se elevan más de diez metros, porque sus penachos están poblados por una bandada de pericos que cagan y parlotean todo el día.

Había pasado una hora desde que lustró los últimos zapatos. Ya había leído el periódico del día y se había tomado el tinto de la mañana.

Simplemente esperaba en silencio que algún cliente llegara. Miraba los zapatos de quienes pasaban a su lado: algodón, lona, gamuza, cuero, charol, poliéster. Hace diecisiete años, cuando empezó a lustrar, estaban de moda los Tres Coronas color uva y café. Le iba mejor. Ahora hay mucho zapato moderno que no necesita más que agua y jabón.

Lustrabotas le parece mejor que embolador, esa palabra no va para nada con su estilo. Inventó una que sí: Lustrólogo de la Universidad de la Vida. La escribió con marcador negro en un bloque de Icopor, sobre el que reposaba un maletín ejecutivo surtido de utensilios ordenados según la categoría: tintas, brochas, grasa de potro, gamuzol y champú. En el bolsillo interno exponía dos recortes de periódico: una vieja nota titulada “El poeta del calzado” en la que aparece junto a su hijo mayor, que en ese entonces tenía seis años; y una opinión que les pidió un periodista a él y a otros dos lustrabotas, Harry y Henry, acerca del marcador de un partido entre Uruguay y Colombia. Los tres miran la cámara abrazados, sonríen.

Óscar miró el reloj; su esposa debía estar recogiendo a los niños en la escuela. Antes de salir de casa le dejó los veinte mil pesos del diario. Ojalá, pensó, viniera el cliente misterioso que le ha dado hasta cincuenta mil por una lustrada; el que prometió ayudarlo a terminar de construir su rancho, al que le contó que su fin es jubilarse porque le da miedo terminar como su mamá, encerrada en un asilo.



—¿Mala? El que le dijo eso no conoce de relojería. Esta maquinaria es japonesa y no toda máquina viene con compartimento de calendario —dijo Alberto al bogotano. Destapó el reloj y le sacó la pila, se la puso entre los labios y la tocó con la punta de la lengua.

—La pila es la mala. La gente cree que colocar una pila es coger y tran, ya. El que vio este reló no conoce de relojería. Espere me pongo mi ojo mágico.

Alberto decoró el estrecho cubículo con un reloj que hizo en una placa de piedra; está detenido, desde hace mucho tiempo, en las dos y media. Buscó su lupa en la repisa donde tiene arrumados celulares, relojes, cargadores y hasta limas de uñas. Encontró el monóculo y se lo puso en la cuenca del ojo derecho.

—Es una *super beat*. *Water* resistente. 1996. Este número hay que hacerlo en chance.

“Hay que hacerlo en chance”, dijo, porque ese fue el año en que el Metro le entregó el módulo ubicado en la acera de la calle Colombia. Alberto aprendió el oficio mirando a los relojeros del sanandresito de Maturín. Le gustan los relojes automáticos. Su favorito es el Rolex, pero jamás ha tenido uno en sus manos.

—Ese reló lo tengo hace diecisiete años, se lo compré a un tío que lo trajo de Ecuador. Él es coleccionista. Cada que va a distintas ciudades, compra relojes. Ese *man* debe tener por ahí unos 500 relojes. ¿Cuánto vale el cambio de pila?

—Para mí el reló es como una comida. Llegué a tener 180. Después me puse a mirar, yo pa qué 180 relojes si solo tengo una mano, y empecé a vender. La pila le vale cuatro mil porque es original. De antemano le digo: si le saca la mano, no lo lleve a otra parte, porque hay gente que uno les da garantía y cuando menos piensa dizque se fueron para La Candelaria, y allá le sacan la pila original y le ponen otra.

El bogotano le entregó cuatro mil pesos. Alberto ajustó la hora y se lo pegó al oído para escuchar el tictac, como un paramédico que vuelve a percibir la sístole y la diástole después de una reanimación.

—Señor, muchas gracias, nos hablamos cuando se me acabe la pila.

El bogotano siguió por la acera de la calle Colombia y pasó por el acopio de taxis que se movía lentamente. Se detuvo en la esquina de la 50 con 50, junto al pilar coronado por el reloj del Metro, y desde ahí miró hacia el parque. Escuchó al hombre que cantaba frente a la efigie de Pedro Justo, dueño del único corazón de este lugar que no bombea. Un corazón que enfermó y finalmente se detuvo un 14 de febrero de un siglo olvidado, meses después de que su esposa Estefanía muriera. “Cómo pretendes llamar amor a lo que me brindas / si tan solo disculpas escucho al ponerte un cita”. El bogotano miró la hora y continuó su camino.

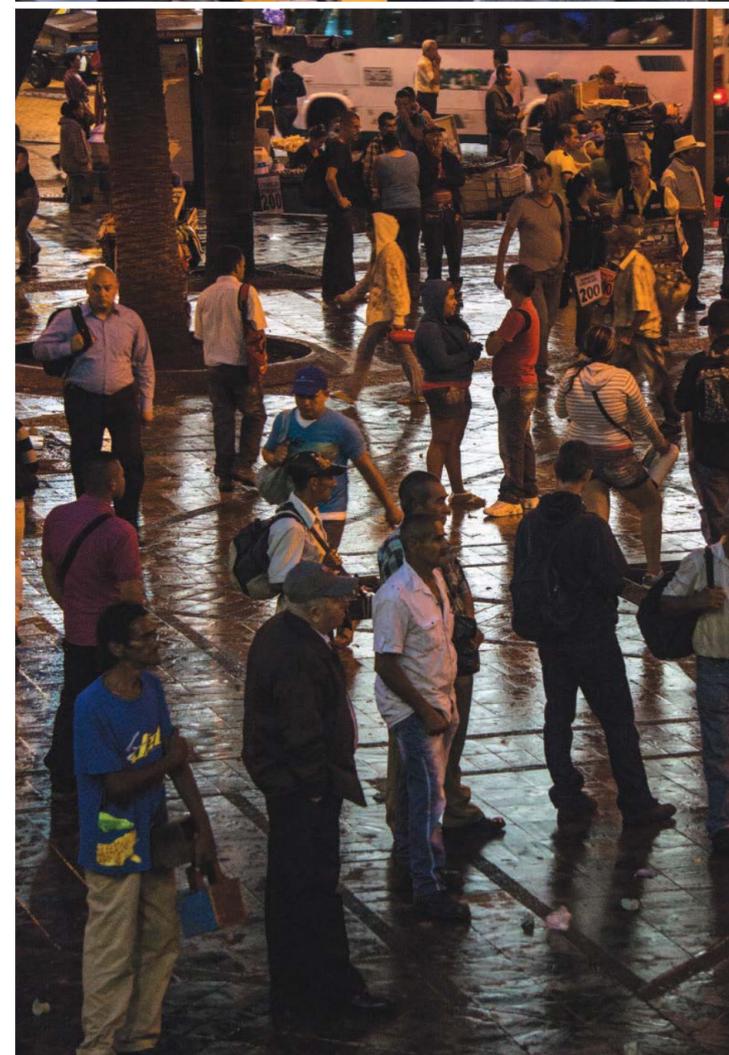
### A los ojos de don Pedro

El aguacero menguó cuando aclaró el día; sin embargo, la ciudad amaneció sin sol. No había ni una mancha celeste y el cielo parecía una bóveda blanca que lo confinaba todo. Durante el resto de la mañana cayó una llovizna que aminoró los ánimos de quienes, a pesar del frío, tenían que ir al trabajo. Una voz mecánica anunció la estación del Metro. Hombres y mujeres se agolparon en la puerta, pegados los unos a los otros como si fueran un solo cuerpo que luego se deshizo de a poco.

Una señora del aseo trataba en vano de limpiar cientos de huellas pantanosas. La gente se dispersó rápidamente por las escaleras que conectan la estación con el Parque Berrío. A esa hora el parque seguía desolado, parecía un animal mojado y sin refugio.

Guarecida bajo el viaducto, la gente esperaba a que escampara: vendedores con chazas surtidas de mecato, cigarrillos y cerveza, señoras con baldes plásticos llenos de chicles, lustrabotas con la caja bajo el brazo, músicos afinando las guitarras, mujeres jóvenes con termos llenos de tinto endulzado con panela. A pesar del frío ellas lucían blusas escotadas, minifaldas o *shorts*. También se escampaban los viejos que madrugan a pasar el día entero sentados, llenando el estómago de tinto y de deseo por la carne joven que los sirve.

En una cafetería de los bajos de la estación, Luis Ángel pidió una aromática. Se protegía del frío con un buzo de lana. En un bolsillo secreto guardó la plata para comprar las carnes frías que necesitaría por la tarde. El viento frío rozó su cabeza calva. Sorbió un poco de bebida para calentarse. Escuchaba el inmutable zumbido del tren mientras recordaba su





primer día en el Parque Berrío. Tenía once años y en el bolsillo noventa pesos que le quedaban de los cien que robó de un mandado.

En su pueblo la gente decía que en Medellín estaba el progreso. Con los cien pesos compró un par de tenis y una muda de ropa, y se montó en una chiva rumbo a la ciudad. Llegó al Parque Berrío porque le dijeron que ahí se cogía el bus para Aranjuez, donde, sin dirección, buscaría a una tía. El parque se le pareció al de su pueblo; lo asustó el tranvía pero lo alivió la certeza de estar lejos de la correa de su tío policía. Volvió a contar los billetes para calmarse. “¡Cien pesos!” recordó después de darle otro sorbo a la aromática. Luis Ángel tiene 61 años, no se casó ni tuvo hijos.

Al fin escampó y la gente salió de sus refugios. Poco a poco se acomodaron en el pedazo de parque que les corresponde. Un señor achicaba con una escoba el charco donde pondría la chaza. Edilma impulsaba el carro de supermercado al que le adaptó una pecera dividida en tres cubículos: el más grande es para el apetecido jugo de guanábana, los otros son para el de mandarina y el de fresa. En la parte delantera de su carro

mantiene tres guanábanas carnosas. Vende jugos hace seis años, desde que se separó. El hombre se olvidó de ella y de sus dos hijos.

—Mañana, la necesito es mañana —le dijo a un joven que le ofreció tortas caseras.

Al principio tenía miedo de que le robaran, pero pasaron los primeros meses y empezó a andar más tranquila. Ahora trabaja hasta la siete de la noche, llega a su casa en Itagüí casi a las nueve y se sienta a revisarle los cuadernos a su hijo menor.

Un taxista pitó varias veces y le pidió a gritos un guanabanazo. Apenas le entregó el jugo, guardó la plata, sacó el celular y marcó:

—Hola papi, ¿qué hace, mi amor?

—Papi, ya le compré su ropa de marca, ¿oyó?

—Papi, lo único que necesito es que se ponga a estudiar, bien juicioso.

—¿Qué?

—Una camiseta y un pantalón.

—Ay, qué conchudo, papi. ¿Usted cree que la plata me alcanza pa tanto?

—Papi, es muy bonita. Hágame pues juicioso pa que mañana se venga conmigo y le celebro el cumpleaños acá trabajando.

—Ah... ¿Y entonces? No se va a quedar aburrido en la casa, ¿oyó?

—Ah, bueno papi. Esté bien juicioso, hágame todas las tareas, ¿oyó?

—Chao papi.

En el parque las tinteras iniciaron la interminable ronda del café. Desfilaban atentas a las miradas, analizaban los gestos y descifraban si el cliente iba a querer algo más que un tinto. Llevaban uno o dos termos, y vasos plásticos que ofrecían a los que estaban sentados en las jardineras. Una mujer de unos veintitrés años, el cabello lacio y negro, los ojos delineados, rechazó a un viejo flaco y canoso que le acarició la espalda. Insolente, el viejo insistió y le puso su mano callosa en la mejilla. La mujer lo despreció de nuevo.

A ‘La Flaca’ le daba risa la escena. Estaba sentada en la jardinera que rodea la estatua de Pedro Justo, que parece mirar al suelo, reflexivo, como si pudiera escuchar lo que la gente cuenta. La Flaca iba vestida de jean, tenis y ombliguera. Llevaba el cabello amarrado con una balaca. Tiene los ojos rasgados y los pómulos gruesos. En sus brazos hay cicatrices largas y profundas. Sirvió un tinto y sin tapujos dijo lo que tenía por decir: “a mí no me gusta que me manoseen, yo les digo: ‘a mí no me venga a haraganar, conmigo es plata en mano, culo en tierra, y usted me dice cómo es la vuelta’. Yo soy muy jodida. Aquí en este punto se maneja mucho la envidia, la que se quiera meter conmigo ya sabe cómo es la vuelta. Por obligación me tocó volverme así. Respeto pa La Flaca. Yo aquí trabajo con estos termos; antes trabajé embolando, vendiendo mecato en chaza, minutos... Yo he sido de todo, hasta ladrona. Mi papá trabajaba aquí, pero yo venía muy poquito porque no me llamaba la atención. Yo estaba concentrada en el estudio; hice una carrera, estudié comercio exterior. Y

ahora el propósito es ponerme a estudiar derecho. Cuando llegué aquí, no me gustaba para nada este ambiente. Pero tuve mi hija, tiene seis añitos, producto de una violación. Y ahí me metí del todo acá, porque al papá de mi hija me tocó matarlo. Aquí he aprendido a sobrevivir. Lastimosamente aquí la mayoría somos consumidoras, para poder trabajar, porque uno en sano juicio no es capaz de acostarse con un *man* de esos. Es muy sencillo, ellos preguntan ‘¿cuánto cobra?’, unas dicen quince, otras veinte... Allí abajo, por Los Búcaros, está el Hotel Carusso. Vale cuatro mil la pieza, veinte minutos. Yo este parque no lo quiero. Este parque es una esclavitud. De esto no hay sino una ganancia de dos mil 300 pesos. Hay que vender mucho tinto, mentirosa la que diga que vende diez termos de tinto. Los clientes míos son gente que viene y me dicen: ‘Flaca, vámonos a farriar’. Y listo. Pero yo aquí no, aquí hay mucho enfermo. Uno no se puede confiar de esos *manes*. Arman unas muy raras, se las llevan y después las conejean, no les dan plata. Ya me metí en las comunidades negras, allá lo mandan a uno para la universidad. Yo sé que yo puedo ser muy buena abogada. Yo ya sé lo que son las injusticias. A mi hija quiero darle la profesión que ella quiera. Y para mí, desarrollarme profesionalmente. Cuando menos piensen me voy a ir de aquí, mi mamá no me dio un estudio para yo morirme aquí”.

—Hola mami —dijo La Flaca a su hija, que apareció de sorpresa y se lanzó a abrazarla. Tiene los ojos claros, el cabello rubio, la piel blanca.

El cielo comenzaba a despejarse.

### Báilalo Rubiela que esto es para ti

Cuando Flor destapó la olla de aluminio emanó un intenso olor a pollo aliñado. El vapor fue directo al cerebro y activó la alarma del hambre. Los estómagos crujieron. Ebrios con aquel aroma condimentado, los indigentes detenían a los transeúntes, y hasta a los carros que iban por la vía, para pedirles un almuerzo de dos mil pesos.

Con un cucharón, Flor sirvió rabadilla, papa y yuca; de una caneca plástica sacó arroz blanco y de una jarra, ensalada. Le entregó el plato al ingeniero que desde hace tres años, cuando ella y el esposo empezaron el negocio, viene al mediodía y se sienta a comer junto a los demás comensales en una silla plástica, en pleno Parque Berrío.

—Tenemos buena clientela, vea que hasta el señor que es profesional viene a comer aquí. No es por yo afamarme sino que dicen que mi comida es buena —dijo Flor mientras sonreía y alzaba las cejas.

—Hágale pues mijita que el muchacho está esperando —le dijo Jairo.

—¿Y es que usted no puede servir? —le respondió enojada y siguió conversando—. Mi hija le dice a él que me trate con cariño, porque podrá conseguir otra trabajadora, pero no una que cocine como yo.

—Mama, echale un poquito de caldo —le pidió el muchacho.

La hija estudia ingeniería civil en un politécnico. Jairo y Flor ansían que se gradúe y encuentre trabajo, para ellos dejar de venir al parque



al menos los domingos y los festivos. Aunque, en realidad, lo que ellos quieren es dejar de trabajar y regresar al pueblo, a San Rafael.

—¡Fo! Ahora sí huele a peo químico —se quejó Flor, rodeada de indigentes que esperaban la comida. Como sucede casi siempre, por fortuna para sus ventas, un señor regaló cinco almuerzos, aunque había más de cinco hambrientos.



Luceli, en cambio, no quería saber nada de comida. Tenía el estómago revuelto. Las náuseas le hacían dudar si aguantaría más rato parada frente a la puerta de Flamingo. Se quejaba de un dolor punzante en la espalda. Tenía los párpados caídos y unos mechones grises sobre su frente arrugada. Desde ahí ve los electrodomésticos de última tecnología y los jeans en promoción. Ella nunca ha entrado.

—Vea, lleven la bolsa —decía, y le ofrecía a la gente que salía con paquetes las bolsas negras que colgaban de sus antebrazos. Tenía de 300, de 500 y de mil pesos. Esa mañana Luceli se despertó con escalofrío. Se resistió a quedarse en la cama porque ayer apenas consiguió nueve mil pesos.

Era su segundo turno del día. Se acabaría cuando vendiera una bolsa de mil; entonces, otra de las vendedoras la relevaría. Las seis son mayores de sesenta años, a todas les duele algo. Llevan mucho tiempo trabajando frente a esa puerta. Los operarios de seguridad de Flamingo fueron quienes las organizaron por turnos. Antes se arrumaban en la puerta, peleaban y hasta se agarraban del pelo. Ahora, cada una espera.

Luceli tiene 69 años, de los que lleva más de treinta en el Parque Berrío. Tuvo once hijos, vivos le quedan tres. Hace un mes fue a la alcaldía a inscribirse para recibir el subsidio de la tercera edad. Le dijeron que este año ya no alcanzaba. Su voz delgada y afligida se perdía en medio del



bullicio de la calle Boyacá, donde se ofrecen cosas a los alaridos. Voces que se funden en una tonada enrevesada: peras, / peras chilenas, / lleve cuatro por mil. / A mil, / todo a mil, / lo que coja le vale a mil, / entre. / Chicle, / chicle, / chicle, / a cien pesos el chicle. / Vea, / lleve la bolsa a mil.



Al atardecer el viento de agosto agitaba las ramas de los árboles. Las hojas más viejas se desprendían, arrastradas por la corriente. Trepados en el tulipán africano florecido, dos niños de unos siete años observaban a un culebrero que le soltaba su retahíla a un círculo de personas. Los niños se reían de las fotografías extendidas sobre el tapete rojo: penes deformados por herpes, rostros con malformaciones genéticas, mujeres con tres tetas. El culebrero los regañó dos veces.

—Mire caballero, esos varones que sufren de la presión, mucho cuidado. A este varón le sucedió allí en La Veracruz. Se tomó una cosa de estas y se llevó una dama. Al rato la joven creyó que el caballero estaba acabando, pero estaba acabando de morirse. Igualito a lo que le pasó al ex alcalde de Envigado. Hay varones que son muy chicaneros. ¿Sí o no mamasota? Le dicen a una dama que la van a hacer sentir lo que es verdad. Hay una cantidad de mujeres que han tenido cuatro o cinco maridos o diez y veinte mozos y nunca han quedado así. ¿Sabe por qué caballero? Vea lo que dice Ana Lucía Nader, una de las mejores sexólogas que hay en Colombia; trabaja con J. Mario Valencia, a las nueve de la mañana en el programa Muy buenos días. ¿Y sabe qué dice ella? Que más de una mujer le dice: “amo a mi esposo pero más gozo con el otro”.

Entre el público, Daniel miraba el recorte que sostenía el culebrero: una mujer desnuda de piel tonificada y bronceada, con las tetas grandes y redondas, montada sobre un tipo al que agarraba del pecho como si fuera el lomo de una bestia. Daniel tiene trece años, y ha pasado muchas tardes en el Parque Berrío acompañando a su mamá, vendedora de tinto,

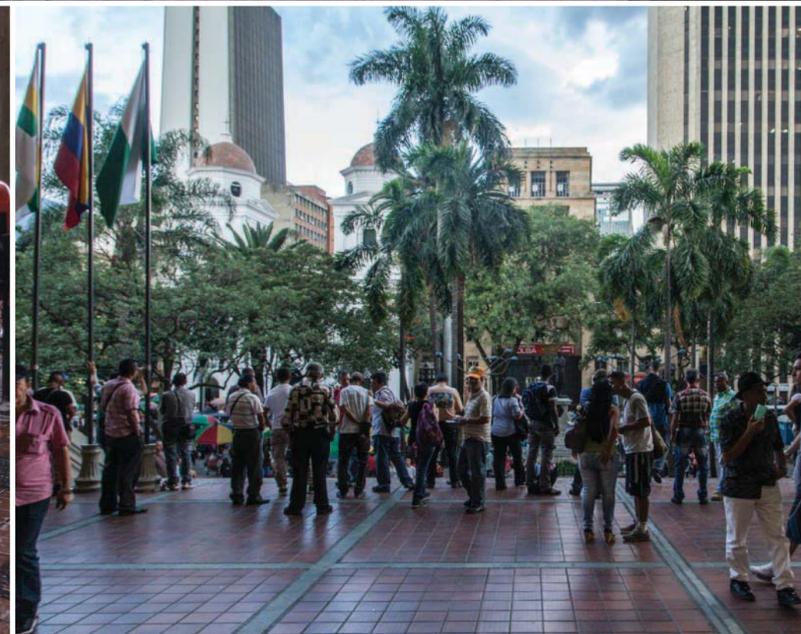
cigarrillos y cerveza. Le gusta escuchar a los culebreros porque lo atrapan con sus juegos de palabras; le gusta más que ir a estudiar.

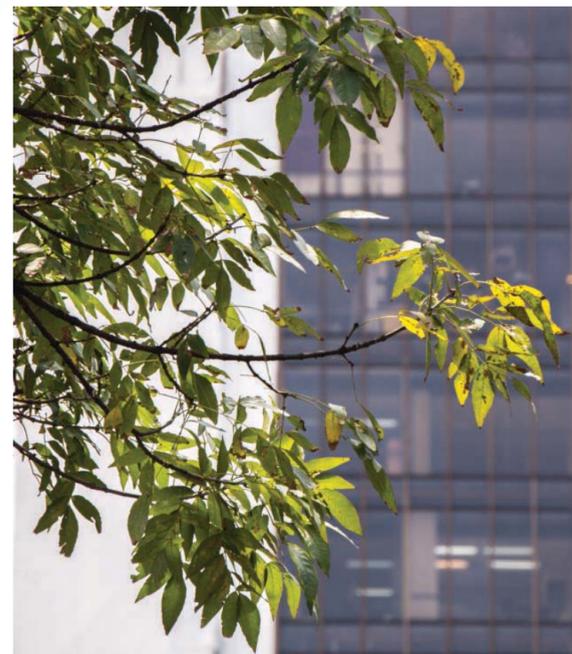
—Y mire este varón. Con noventa años canta, baila y se casa con joven de dieciocho. Vive en eterna relación sexual. ¿Quién? Un chino ojirragado descolorido pelo de chucha. Vea, en la China las mujeres le hacen fiesta al pene. Hacen monumentos como de un metro, lo cargan como un bebé y desfilan. ¡Que viva el pene, el dios de la fertilidad! Todos le rezan al órgano masculino. Aquí también le rezan: ¡Ay Dios mío, que se pare este desgraciado, que no me haga quedar mal! ¿Con qué se cuida el chino? La raíz con la que este chino se cuida se llama ginseng. El que no esté de afán regáleme cinco minuticos.

Martha, la mamá de Daniel, estaba en el corrillo de los músicos. Estacionó la chaza junto a la jardinera y allí se quedó el resto de la noche. La primera vez que los escuchó cantar le dieron ganas de sentirse así siempre, envuelta por ese ambiente festivo que parece un diciembre inagotable. En su casa las cosas andaban mal: siete hijos que mantener y a su esposo no le resultaba trabajo. Se decidió, aunque él no estuvo de acuerdo, y se vino a vender tinto y cigarrillos al parque. Desde ese día, hace siete años, no ha dejado de venir.

—Yo ya me muero en este parque —dijo varias veces.

Daniel llegó donde Martha y ella le pidió que cuidara el negocio mientras bailaba una canción parrandera: “Báilalo Rubiela que esto es para ti, / este porro suave de mi inspiración. / Muévete pa’llá / y échate pa’cá, / y verás lo bueno y sabroso que es bailar”. Las parejas, pegadas de la cintura, dieron vueltas al ritmo de la música. Las manos enlazadas, la derecha de ella y la izquierda de su parejo, estaban levantadas hacia el cielo pintado de arrebóles. Una bandada de pericos regresó a sus nidos en las altas palmeras reales.





Jueves 19 de septiembre de 2013, 2:30 p.m.

Bajo la sombra de un árbol hay un corrillo. El cantante termina de afinar las cuerdas de su guitarra mientras su compañero toca los primeros acordes. Están rodeados de vaqueros venidos a menos, curiosos de paso y colegas con sombreros de piel de vaca y carriel. En medio del ambiente pueblerino, sobresalen dos gringos altos, cincuentones. Visten bermudas, camisas frescas, medias tobilleras y tenis. El calor es abrasador. De repente, un loquito le pide plata a uno de los gringos...

—Cuando yo estoy en Medellín muchas personas quieren dinero, lo necesita.

—Deme algo, ¿no tiene nada?

—Yo tomo poco, tengo cuatro, cinco dólares —abre la palma de la mano y se la rasca dos veces—. ¿Está bien? Tengo poco poco.

La canción ya suena, el loco se siente más cómodo para hablar con el gringo, que parece a gusto agarrando pueblo.

—Pa un tinto.

—¿Cómo? No sabe. ¿Cuánto vale un tinto?

—Quinientos.

—Oh, quinientos, eh... cincuenta y ocho. Yo no conozco Medellín, yo tengo tres años en Colombia, regreso cada seis meses, he venido unas semanas acá.

—Estoy sin almorzar y sin desayunar.

—Puedes trabajar, mira, tú puedes trabajando.

El gringo le agarra las piernas, luego los brazos...

—Tienes piernas, tienes brazos, tienes boca, puedes hablar, tienes inteligencia. Puedes trabajar.

—No hay trabajo.

Llega un personaje chaparro, oriundo de la calle, interesado en los gringos.

—Hablando con la gente del extranjero, ese loco qué va a saber home...

No sabe ni dónde está parado. Con gentes del extranjero...

El otro gringo, con el rostro embadurnado de sudor y antisolar, mira alrededor, se impacienta un poco, la canción avanza. Le dice a su compañero:

—Let's go.

Los dos caminan hacia el Metro. El chaparro los ve alejarse:

—Los hizo ir, loco güevón.

# Una calle real

Por ANDRÉS DELGADO

La sopa de ahuyama más sabrosa del mundo se sirve en la calle Boyacá los jueves al medio día, en el restaurante Kaserol. Lo digo yo, que no he podido superar el terror infantil de enfrentarme a un plato de ese espantoso potaje amarillento y concentrado. El truco está en la crema de leche que flota en la superficie humeante y en el ripo de papas fritas. Cada cucharada es exquisita y crocante. Es la 1:10 de la tarde, el restaurante está a reventar y las meseras van y vienen despachando pedidos. Conmigo está Tatiana, una preciosa chica que se prostituye en el atrio de la iglesia de La Veracruz y que aceptó venir a almorzar conmigo. Tatiana traga la sopa con voracidad animal y me mira feliz con sus ojos grandes y ese destello especial que he visto en otras chicas que viven minuto a minuto.

Hace un momento, en el bochorno de la plazoleta de La Veracruz, me topé con los ojos seductores de Tatiana. Estaba de pie y esperando cliente en el paredón blanco de la iglesia. Cuando me ubicó, bajó la mirada y volvió a subirla, pero esta vez apuntándome con el rifle de cazadora. Conozco ese atrevido gesto: mirar de frente, bajar la mirada un segundo para volver a clavarla con intensidad carnal. Amanda, una novia hermosa y sensual, me retenía cada vez que lo usaba. Ahora que lo pienso, quizás lo aprendió en la iglesia de La Veracruz.

Me acerqué a Tatiana muy prevenido. No supe qué decir. Fue un segundo espantoso. Ella sonrió y los ojos le brillaron. Vestía una blusita de tiras, jean y la piel tostada por el trabajo al sol. Tenía el cabello negro y una rosa roja prendida en la oreja. Usted cómo se llama, preguntó, y tendió la mano. Su tranquilidad hizo que me importaran un carajo las miradas envidiosas de sus compañeras. ¿Usted dónde vive?, preguntó, y yo no dejaba de mirarle los ojos destellantes. Ella estaba encantada. Con toda naturalidad me fue soltando: ¿Vamos a la pieza? Tragué saliva. ¿Y cuánto vale? Veinte mil y me puede echar dos, me contestó sonriente. Sus labios tenían un rojo barato, rojo de flor en su pelo. Yo dudaba. Soy muy aseada y paciente, mi amor, yo no lo acoso. ¿Y cuánto vale la pieza? Ocho mil y nos podemos quedar el rato que queramos, dos horas. ¿Y el condón?, pregunté. A mil y allá lo venden; hay baño, televisor y es muy rica. Carraspeé. No sé cómo diablos le dije; y si son dos, ¿qué hacemos entre uno y otro? Mientras tanto nos acariciamos y vemos películas. Hablaba con la ternura que despiertan la soledad y el hambre. ¿Ya almorzó? No





mi amor, no he almorzado. Sin decirle nada más la cogí de la mano y ella se dejó llevar. Caminamos hacía Junín, al Kaserol, a comer esta sopa de ahuyama.

En el restaurante le digo que quiero ir con ella a la iglesia de San Benito. Tatiana se ríe. Es para un reportaje, le explico. ¿Y no quiere ir a la pieza? No sé, ahí vemos. La idea que tengo es pasear con ella un rato por Boyacá. ¿Y cuánto me va a cobrar por acompañarme?, le pregunto. Lo que usted quiera, mi amor, pero me paga ya. Okey y le extiendo veinte mil. Es una profesional, pienso. Terminamos con la sopa y nos sirven “morrillo borracho” –carne bañada en vino–, ensalada, arroz, tajada de maduro, papitas fritas, “chopsuí”. No me atrevo a preguntarle por sus antecedentes. Tatiana debe tener unos veinte años. La idea es estar con ella sin preguntar. Cuando dejamos los platos sin un arroz, Tatiana ve la cuenta por 16.200 pesos y abre los ojos: jueputa almuerzo tan caro.

Salimos del restaurante al enjambre de vendedores ambulantes que hay en Boyacá, al lado de la iglesia de La Candelaria, en dirección al Parque Berrío. A la derecha, tenderetes infestados de lociones, relojes, repuestos para el control remoto, libros, calcetines, correas y lentes de sol. A la izquierda, cerros de películas piratas. Tatiana y yo ojeamos despacio, cada uno en lo suyo, como si fuéramos turistas. Me voy a ver porno: jovencitas, anal, maduras, gais, prenatal, pies, faldas, profesoras, enfermeras. Un feligrés sale de la iglesia dándose la bendición y queda embrujado por un culo que sostengo en DVD. El hombre despierta del hechizo y se larga apenado. Una copia cuesta dos mil pesos, pero si llevo tres me cobra cinco mil. Tatiana me descubre alelado con una deliciosa jovencita desnuda y me hala de la mano. “¡Vamos pues, o se va a quedar ahí viendo esas cochinas!”.

Entramos a La Candelaria. El cambio es inmediato: afuera el bullicio, adentro la calma. Tatiana se persigna y pone cara muy seria. Las palabras del cura retumban en la cúpula. El ambiente de la iglesia me relaja. La iglesia de La Candelaria es la más vieja de Medellín. Tatiana mira a lado y lado, como si estuviera en otro mundo. Vemos a la Virgen de La Candelaria. Una virgen negra, como el niño Jesús churrusco que sostiene en los brazos.

A la salida aprovecho para preguntarle si se siente en pecado. No porque yo no le robo a nadie.

Bajamos por Boyacá en dirección a San Benito. Pasamos por un lateral del Parque Berrío, almacenes Escape y Flamingo. Los vendedores gritan: manzanas a 500, cinco mandarinas por mil. Vamos muy despacio, bajando la calle y el almuerzo. Pasamos debajo del viaducto del Metro, por Bolívar. Nos detenemos y miro un jean. Vale veinte mil. Unos tenis por quince. Si recateo saco la pinta por veinticinco. Esta semana vengo, digo. El vendedor me mira decepcionado y Tatiana encoge los hombros.

Cuando pasamos al frente del Hotel Calle Real, Tatiana me hace señas. Entramos a la recepción iluminada como un consultorio médico. La recepcionista nos mira recelosa. La noche vale 41 mil, tiene agua caliente. La pieza donde trabaja Tatiana cuesta ocho mil. Mejor nos vamos pa’llá, le digo, y ella me aprieta la mano.

La esquina de Boyacá y Cundinamarca está ardiendo. Calor, gente, comercio, putas, buses, La Cascada, bares y residencias. Seguimos de largo. Ya me está dando pena con Tatiana, ponerla a caminar al son de nada. Lo que ella quiere es llevarme a la pieza y volver a cobrar. Es una profesional.

Boyacá es camaleónica. Antes chazas, iglesias, putas y almacenes de ropa, ahora muebles y electrodomésticos. Tatiana entendió hace rato de qué va esto, así que se antoja y me empuja a la Galería Villa Romana, donde venden salas, comedores, alcobas. “Somos fabricantes”, dice la entrada. Nos atiende Guillermo y nos muestra la alcoba Leydi: con colchón, muy bueno, antialérgico. ¿Te gusta?, pregunta Tatiana. Sí, me gusta. Ella sonrío con malicia, me coge de la mano y se recuesta en mi hombro. Tan lindos los nocheros, dice, para poner las llaves por la noche.

Siento nostalgia al recordar a Amanda. Estábamos a punto de casarnos. Viajaríamos por el Mediterráneo: Tánger, Málaga, Argel, Nápoles, Limasol y Beirut. Ella creando software educativo y yo escribiendo. Por un maldito desliz el plan se desplomó y ahora Amanda me odia. Tan linda Amanda. El que dijo “soñar no cuesta nada” era un pobre diablo.

El comedor isla con seis puestos y vidrio liso cuesta un millón setecientos. ¿Te gusta este, mi amor? La sala diamante “ORIGINAL” vale un millón cuatrocientos. Es decir, con cuatro millones y medio amoblamos la casa. Qué rico, dice emocionada Tatiana y vuelve a apretarme la mano. Guillermo está tan entusiasmado como ella. Yo estoy tieso como un tronco. ¿Y la nevera? No, digo yo. Sí, dice ella. Venga le muestro, dice Guillermo y nos arrastra al local vecino. Televisores, lavadoras, computadores, motos. Al fondo, las neveras. Tatiana me empuja a la Samsung RS 263, la más potente del pasillo. Es plateada y brillante con dos enormes puertas. De contado: cuatro millones de pesos. A crédito: 6,5 millones. Lo más cuca va a ser verla llena de chorizos, salchichas y mortadelas, dice Tatiana.

Después de la carrera Tenerife, Boyacá es un fresco pasaje peatonal con adoquines y sombras de árboles. Tatiana habla, habla y habla, pero mi atención está centrada en esta calle de tradición republicana: casas de dos pisos, fachadas amplias, puertas altas, ventanas grandes y tejados en arcilla. Boyacá tiene tres iglesias: La Candelaria, La Veracruz y San Benito. Recuerdo lo que leí en alguna parte: “En la casa número treinta nació don Manuel Atanasio Girardot. En esos tiempos en que el río Medellín era una insalvable barrera a las praderas del occidente. El río se crecía e inundaba este barrio”.

Ahora cae la tarde. Siempre me pregunté qué se sentiría caminar con una prostituta por la calle. En la tranquilidad de las sombras y la ausencia de carros pienso que no se siente nada especial. Es como ir caminando con una compañera de oficina. Quiero preguntarle cuánto se gana diariamente pero me reprimo, pues no quiero romper la promesa inicial. Entonces le pregunto cuál ha sido su experiencia más memorable. Esta, dice ella y me sonrío divina, esto con usted es lo más bonito que me ha pasado. Tatiana es una profesional. Me encanta.

En la acera hay varios chicos sentados, conversando y riendo. Tienen la cara rayada y maletas mugrosas en las rodillas. Hay otros chicos callados y otros alegando. Cuando veo el “colegio” Combos, entiendo por qué están regados por la calle. El Centro es el ojo del huracán de la ciudad. Crecer allí no es nada fácil. Y la entrada de la iglesia de San Benito me lo confirma. Hay varias carteleras con fotos de drogadictos: “Tú vales, vive sin droga ni alcohol”. Otra dice: “Mi parcerito anda mal. A nadie escucha, se relaciona con personas que pueden hacerle daño, sus parceros consumen y a todo dice que sí. ¿Qué hacer? Línea amiga: 444 44 48. Programa Buen Vivir, Comisaría de familia”.

La iglesia de San Benito es un palacio parroquial. Fresco, oscuro, viejo y solo. Tatiana se persigna. Hay un fuerte olor a incienso que me despierta





los sentidos. Ahora escucho, veo, huelo distinto. La consciencia del momento. El espacio es una enorme caja de resonancia. Dos feligreses rezan frente a las veladoras. Nos sentamos en una banca larga y desolada. Ahora sí: ¿Qué se siente estar sentado al lado de una prostituta en la iglesia de San Benito? Nunca he sido religioso, no creo en curas ni oraciones ni ayunos. ¿Pero qué diablos tiene esta iglesia que me tiene conmovido? El olor a incienso, el silencio, la altura del techo, los ángeles de mármol que alzan candelabros apagados y miran hacia arriba, así no vean nada con sus ojos blancos, ciegos, y sus alas frías en la espalda.

Tatiana ora con los ojos cerrados. La rosa en el pelo, las manos cogidas, los hombros tostados. Las imágenes de su trabajo y lo que vendrá cuando nos despedamos. ¿Tendrá hijas? ¿Qué dirá de su trabajo? ¿Se habrá confesado alguna vez con un cura? Sigo su ejemplo y cierro los ojos. El silencio estalla en mi cabeza. El almuerzo, la caminata y el sol.

Me despierto sobresaltado. Los pasillos están solitarios, una señora enciende un velón, un cura franciscano camina por el púlpito. Tatiana se ha ido. Las bancas de madera están desoladas. Tengo frío. Me dan ganas de fumar. Las chicas como Tatiana tienen la extraordinaria facultad de pasar la hoja, de no empelucarse. Si no fuera así, sería terrible para ellas enfrentar el día a día. Es una profesional. Es mejor así.